

L-209-12

Pí y Margall

ANTE

el Regionalismo, la Federación
y la unidad de la patria,

POR

Cayado

JOSÉ TRINCHANT Y FORNÉS



MADRID

Imprenta de A. Pérez y P. García.

Palma Alta, 55, dup.

1990

F-2188

Ayuntamiento de Madrid

12.

PI Y MARGALL
ANTE EL REGIONALISMO, LA FEDERACIÓN
Y LA UNIDAD DE LA PATRIA



Pí y Margall

ANTE

el Regionalismo, la Federación y la unidad de la patria,

POR

JOSÉ TRINCHANT Y FORNÉS



Reg. de L. n.º 1198

MADRID

Imprenta de A. Pérez y P. García.

Palma Alta, 55, dup.

1900

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

INTRODUCCIÓN

Esta introducción abrazará los dos puntos siguientes:

- 1.º *Explicaciones preliminares.*
- 2.º *División de estos Apuntes.*

I

Explicaciones preliminares.

De todos los hombres que han figurado á la cabeza de la Democracia española, de medio siglo acá, el que menos ha contribuído á la propagación de esta doctrina y coadyuvado á la formación del partido que en su mayor pureza la defiende, es D. Francisco Pí y Margall.

Sin embargo, algunos de sus correligionarios, no sólo le consideran como la encarnación viva de las ideas y aspiraciones de todos los federales, sino que le llaman también «El maestro de todos».

¡Maestro de todos Pí y Margall!!

Si este dictado se lo dan sus *discípulos* por adulación, nada tengo que decirles: si se lo dan por ignorancia, sírvanse leer con atención estas páginas y aprendan lo que, por lo visto, todavía ignoran, á pesar de las *enseñanzas* del maestro.

El Sr. Pí y Margall podrá ser todo lo sabio que sus apasionados quieran; pero no es un propagandista popular en la acepción propia de la palabra.

El propagandista verdaderamente popular se distingue, sobre todo, por el entusiasmo y la perseverancia con que consagra su inteligencia y sus bríos, no al encumbramiento de su persona, sino á la difusión de su ideal, explicándolo á las muchedumbres con sencillez y claridad hasta apoderarse de la conciencia más rebelde, inculcándolo en el entendimiento más rudo.

¿Necesitaré esforzarme para demostrar que D. Francisco no es de la madera de esos propagandistas?

A todos los hombres más notables de la escuela liberal se les ha visto abrazar, desde mozos y por el solo impulso de su propio sentimiento, la bandera que mejor simbolizara su ideal político, y sacrificar en su defensa los intereses, el reposo, la libertad y hasta la

vida. Pí y Margall, por lo contrario, hasta la edad de 27 años, según sus biógrafos, no pensó en hacerse político, ingresando en las filas de la democracia, no espontáneamente, por amor á la idea, sino después de maduros cálculos, de largas y frías meditaciones.

¡Oh! ¡No se dirá de él que obró con precipitación!

D. Francisco Pí y Margall nació en 1824; y hasta 1851 no hizo profesión de fe política.

Tres años después, aspirando á la popularidad con que soñara, y que ya muchos de los campeones de la causa del Progreso habían conquistado con su palabra ó su pluma, dió á luz *La Reacción* y *La Revolución*, obra política de subidos tonos anárquicos, que *ninguno de sus discípulos conoce*, ni pierde nada con no conocerla.

Desde 1854 hasta la proclamación de la República, todos los trabajos de propaganda de Pí y Margall se reducen á la publicación de hojas sueltas, artículos sobre el socialismo y traducciones de las obras de Prudhon.

Durante el agitado período de 1868 á 1873, todos los prohombres del republicanismo habían ya explicado al pueblo, en la prensa ó en los *meetings*, los verdaderos princi-

pios de la democracia y la federación. Sólo D. Francisco se mostró invariablemente parco en punto á exposición de doctrinas, hablando ó escribiendo siempre en términos generales, cuando no ambiguos; pero guardándose bien de contrariar de frente las opiniones que sus compañeros exponían sobre determinados puntos de dogma, como si con su silencio quisiera demostrar que estaba con ellos enteramente conforme. Pero ¿acaso no lo estaba? En el cuerpo de este folleto hallará el lector cumplidamente contestada esta pregunta.

Por de pronto, recuérdese que Pí y Margall permaneció en el ostracismo hasta que, elegido diputado por la circunscripción de Barcelona, se vió revestido de la inmunidad parlamentaria, siendo, por consiguiente, *el último de los emigrados que regresó á España después de la Revolución.*

Cuando en 1869 resolvió D. Francisco abandonar á París para venir á ocupar su asiento en las Constituyentes, *el partido democrático federal*—óiganlo bien los neófitos discípulos de Pí—*estaba ya formado* y acababa de dar público y elocuente testimonio de su pujanza y cohesión, mandando á aquellas Cortes setenta representantes.

Y pregunto ahora: ¿Podía D. Francisco, con la débil influencia que por entonces ejer-

cía en las masas republicanas, ponerse enfrente de sus compañeros, aun cuando en realidad disintiera de sus opiniones políticas? Yo contesto que no.

Sus compañeros propagaban el dogma democrático federal en toda su pureza; dogma que habían difundido por toda España llevándolo con sus discursos y escritos al seno de la ignorancia, al corazón del pueblo: eran, por tanto, los *verdaderos generadores* de aquel gran partido federal que tan temible llegó á hacerse á los gobiernos de la Revolución; y ponerse enfrente de los propagadores genuínos del dogma de la humanidad, ¿no valía tanto como ponerse enfrente, no sólo del dogma mismo, sino también de las masas populares que lo sustentaban y que, agrupadas en torno de sus *legítimos maestros* é inspiradores, lo habían ya defendido con sus vidas en las ciudades y los campos? Y ponerse enfrente del dogma y de sus resueltos mantenedores, ¿no era exponerse á perder, como político, la escasa popularidad que como socialista, sólo como socialista, había conquistado en 1864, y, con la tan codiciada popularidad, el apoyo de un partido de que tanto necesitaba para realizar, en ocasión oportuna, sus ulteriores proyectos ó secretos desig-nios?

Mal conocen á su caudillo los neofederales que de otra manera opinen.

Pí y Margall jamás se permite afrontar responsabilidades que sabe muy bien declinar siempre en los demás; ni acostumbra nunca á marchar contra la corriente de la opinión, sino cuando está seguro de poder torcerla en provecho propio, ó de conducirla por el cauce que le conviene.

En esto sí que Pí y Margall revela ser un maestro consumado, desplegando en la afiligranada labor de sus trabajos de zapa una sutileza, una astucia, una constancia y una habilidad que le ponen al nivel del jesuita más refinado.

Una vez en Madrid, D. Francisco se cuidó, más que de propagar la sana doctrina del partido federal, ó de exponer con claridad la suya propia, de seguir atentamente el desenvolvimiento de la política revolucionaria; la actitud y las evoluciones de los partidos militantes y de sus hombres más significados; las tendencias de los republicanos y las aspiraciones de los socialistas; en una palabra, la marcha general de los sucesos y las manifestaciones todas de la opinión pública, en sus diversos matices; *como si tratara de ir sorteando las ocasiones, á fin de aprovecharse oportunamente, con cautelosa habilidad, de*

aquellas que mejor coadyuvaran al triunfo de su política PURAMENTE PERSONAL.

Hé ahí la causa á que han obedecido siempre los actos públicos de más resonancia, realizados, de cuarenta años á esta parte, por Pí y Margall, entre los cuales se cuentan: la inoportuna exposición de sus confusas ideas económicas, en 1864, que fraccionó á los demócratas en individualistas y socialistas; sus imprudentes protestas contra el levantamiento republicano de 1869 y la insurrección del Ferrol de 1872, que dividió al partido en benévolo é intransigentes; la extemporánea declaración del pacto bilateral, que desde 1881 mantiene en pie el divorcio entre republicanos de una misma familia; la actitud, revolucionaria unas veces y antirrevolucionaria otras, que adoptara en 1873; sus opiniones, favorables ayer, contrarias hoy al retraimiento; su oposición sistemática á toda concordia republicana *que él no inicie*; sus veleidades coalicionistas que le llevaron en 1885 á concertar con los monárquicos más desacreditados alianzas que hoy «condena resueltamente por deshonrosas é inmorales»; su resistencia obstinada á facilitar la unión de los federales y la inteligencia entre los republicanos, no obstante ser una y otra tan necesarias y asequibles; el empeño tenaz con

que ha abogado, en cambio, por la *refundición* de todos los republicanos bajo un programa común, *el suyo*; refundición que, por lo antidemocrática, inmoral é insensata, había en otras ocasiones rechazado enérgicamente; y, por último, sus sospechosas declaraciones recientes sobre el regionalismo catalán.

Si lo que Pí y Margall se propuso con sus indefinidas ideas sobre el socialismo, sus contradicciones doctrinales, sus intransigencias y su maquiavelismo, fué desacreditar en el concepto público el sistema político que aparenta defender, y destrozár al partido que lo sustentaba, fuerza es confesar que lo ha realizado cumplidamente.

Hoy los principios del antiguo partido federal están fundamentalmente mixtificados, y de aquella formidable masa de federales que fué un día la esperanza más legítima de la patria, sólo quedan algunos grupos, siendo de ellos el menos numeroso y el más pobre de personal sano y de representación en la Prensa y el Parlamento, el que acaudilla don Francisco Pí y Margall.

Desembarazado éste, en 1876, de aquellos de sus correligionarios que podían hacerle sombra y con el doble objeto de impedir la concentración democrática, intentada por al-

gunas eminencias de las disueltas agrupaciones republicanas, y desvirtuar el concepto de la federación que, para atraerse á los elementos dispersos del federalismo, habían aquéllas fijado en sus respectivos manifiestos; Pí y Margall abandonó resueltamente su habitual apatía y, desplegando esa actividad febril de que da señales sólo cuando ve en peligro su jefatura ó su popularidad, se decidió á reorganizar su destrozado partido y á explanar su hasta entonces ignorado sistema político en *Las Nacionalidades*, libro que dió á la estampa en 1877 y en que, imprimiendo á las doctrinas federalistas un carácter antitético y contradictorio, marcó al partido nuevos y peligrosos rumbos.

Y he llegado al punto capital de estas explicaciones.

Para conocer á fondo el carácter y el pensamiento político de un hombre público, es necesario tratarle y estudiar sus obras; y yo no había tratado á D. Francisco hasta el año 1888, ni leído *Las Nacionalidades* hasta 1892.

Verdad es que, á falta de este libro, podía haberme penetrado de su flamante doctrina federal por los discursos que en defensa del pacto sinalagmático pronunció en 1881, pues.

to que estos discursos no son más que una reproducción exacta de todo lo más substancial que en aquel libro se contiene. Mas, por esa época, publicábase en Madrid *El primer Diccionario general etimológico de la lengua española*, cuya sección de geografía habíame encomendado su autor; y estos trabajos, que me absorbían quince horas diarias, tuvieronme totalmente alejado de la política durante los tres años y medio que duró aquella publicación.

Terminada ésta, empecé, en 1884, los primeros estudios de mi *Diccionario etnográfico-histórico*, que tengo ya terminado, y en cuya formación he empleado más de diez años. Pero esta labor ya no me impedía dedicar algún tiempo á la política.

La República, órgano oficial del partido, publicó: en Marzo de 1886, las bases de la coalición concertada entre progresistas y federales; y en Agosto de 1887, el Manifiesto del Consejo federal, que daba por roto aquel pacto. Esta inesperada ruptura fué objeto, por parte de nuestros aliados, de las más acres censuras, y D. Francisco Pí, blanco de los más rudos ataques.

Por este tiempo, yo no conocía aún al señor Pí y Margall más que por lo que de él referían sus parciales. La opinión liberal le

exhibía siempre adornado de todas aquellas prendas y cualidades que elevan á un hombre público sobre el nivel ordinario: las circunstancias le habían colocado, además, al frente de los federales; yo le consideraba identificado por completo con las ideas políticas que desde mis juveniles años había aprendido á amar en las obras de los insignes maestros anteriormente aludidos: así que, creyendo ver en aquellos ataques profundamente amenazadas la pureza de mis doctrinas y la integridad de mi partido en la persona de su jefe, no vacilé un momento en salir á su defensa en mis *Cartas* insertas en *La República*; como no titubeé tampoco, impulsado por igual motivo, en apoyar resueltamente su política contra la coalición de la Prensa, en mi semanario *La Federación*.

De esta fecha datan mis relaciones con don Francisco Pí y Margall, y también mi desencanto.

Digo desencanto, porque el trato me descubrió en él, no al político serio, franco, noble, de carácter íntegro y de conciencia recta que su fama pregonara y que á mí me había hecho concebir, sino á un hombre falaz, astuto, solapado, de espíritu angosto y de alma inaccesible á todo sentimiento de justicia.

El desengaño sufrido; las acusaciones gra-

vísimas que diariamente le dirigía una buena parte de la prensa republicana, y, sobre todo, ciertas declaraciones doctrinales consignadas en *El Nuevo Régimen*; declaraciones sospechosas que venían á justificar los temores que obligaron á tantos federales á separarse de Pí y Margall, despertaron en mí vehementísimos deseos de leer su libro *Las Nacionalidades* y sus discursos sobre el pacto; libro y discursos que me proporcionaron galantemente; el primero, el amigo que costeó la última edición; los segundos, un estimable compañero de periodismo.

Grande había sido la sorpresa que me guardaba el trato con el Sr. Pí y Margall; pero fué aún mayor el asombro que me reservaba la lectura de su libro y sus discursos.

¡Ah! Si yo hubiera tratado y leído antes á Pí y Margall; si hubiera conocido á tiempo la doblez de su carácter y la falsedad de su doctrina política, de otro modo muy distinto habría yo hablado en mis *Cartas*, publicadas en 1887-88; en mi semanario, que apareció en Mayo de 1889, y en mi libro *Unitarismo y Federalismo*, que dí á la estampa en 1890.

Pero ya que no lo hiciera entonces, por los motivos indicados, quiero hacerlo ahora; que nunca es tarde para prevenir una gran desdicha; y desdicha grande, y quizá irreparable

hoy, sería para todo español sincero ver nuevamente desgarrada la patria por el vergonzoso procedimiento empleado en 1873.

Y á eso se camina. Yo lo afirmo.

Y esta afirmación no es hija del capricho, sino del convencimiento más profundo, adquirido y arraigado después de nueve años de una observación constante y de un estudio detenido de todas las manifestaciones y todos los actos políticos realizados por D. Francisco Pi y Margall, á quien acuso, ante la conciencia pública, de político anárquico, disolvente y perturbador. Acusación que aparecerá plenamente justificada en estos Apuntes, y que nadie puede dirigirle con más derecho que yo, porque nadie le ha defendido con más desinterés ni con mayor lealtad.

Antes de entrar en la exposición de las materias que he de tratar en este libro, he creído necesario anticipar estas explicaciones, sin las cuales seguramente que los piístas no acertarían á comprender la desconformidad absoluta que habrán de notar entre las opiniones que sobre el Regionalismo, la Federación y la integridad de la patria defienden en estos Apuntes, y las que Pi y Margall mantiene en todos sus escritos y oraciones; principalmente, en *Las Nacionalidades*, en *El Nuevo Régimen* y en sus últimos discursos.

Como ha podido notarse en esta *Introducción* y se notará aún más claramente en estas páginas, aquí no se trata de poner pleito á nadie; y menos que á nadie, á D. Francisco Pí y Margall. Trátase, sí, de deslindar tan sólo una cuestión que afecta fundamentalmente al dogma democrático-federal, y acaso también á las libertades públicas y á la integridad del territorio.

¿ Me equivoco? ¿ Son mis temores infundados?

Lea el lector, medite y juzgue.

II

División de estos Apuntes.

Para mayor comodidad y más fácil inteligencia de mis lectores, dividiré y subdividiré estos Apuntes en las secciones y capítulos siguientes:

SECCIÓN PRIMERA.—*El Regionalismo:*

- I. Sus tendencias, sus mantenedores y sus auxiliares.
- II. Su aparición, su desenvolvimiento, su significación y alcance propios.
- III. Génesis del separatismo. — Consideraciones.

SECCIÓN SEGUNDA.—*Falsas teorías del pacto.*

- I. Una aclaración que no es tal aclaración.

- II. Un dilema que no es tal dilema.
- III. Una consecuencia gratuita.
- IV. Citas inoportunas. — La Alsacia y la Lorena. — Polonia. — Turquía y las naciones de Oriente.
- V. Contradicciones.

SECCIÓN TERCERA.—*El Consentimiento:*

- I. Tres teorías que no son más que una.
- II. Identidad de esas tres teorías. — Errores.
- III. Nuevas demostraciones. — Ejemplo.

SECCIÓN CUARTA.—*El Derecho de no pactar:*

- I. Cuestión primera.
- II. Cuestión segunda.
- III. Cuestión tercera.
- IV. Cuestión cuarta.

SECCIÓN QUINTA.—*Concepto equivocado de la Federación:*

- I. Preliminares.
- II. Compatibilidad de la Federación con el despotismo.
- III. Las Repúblicas de Colombia y del Plata.
- IV. Las Confederaciones de Alemania y Austria.
- V. Observaciones.

SECCIÓN SEXTA.—*La personalidad de Pi y Margall y la clave de su política.*

- I.—II.—III.
 - IV. Resumen y conclusión.
-

SECCIÓN PRIMERA

EL REGIONALISMO

I

Sus tendencias, sus mantenedores y sus auxiliares.

La visita que la escuadra francesa hizo en Julio último á la ciudad de Barcelona, produjo en esta culta población un movimiento regionalista, que puso sobre el tapete la enmarañada cuestión del separatismo catalán.

Dos tendencias, contrarias al parecer, evidenciáronse, desde luego, en aquel quizá premeditado movimiento: la de los que quieren, ante todo y sobre todo, á Cataluña libre, independiente, dueña absoluta de sus destinos, con ó sin anexiones; y la de los que sólo aspiran á que el antiguo Principado tenga vida propia en lo político, social y económico, sin detrimento de la unidad de la patria.

Forman el primero de esos dos grupos los catalanistas, apoyados ostensiblemente por una buena parte del alto clero, y constituyen el segundo los regionalistas, propiamente di-

chos, auxiliados de los federales *con placa* ó de nuevo cuño.

Yo no pondré en entredicho, ni la legalidad de las dos tendencias mencionadas ni la buena fe de los grupos que respectivamente las mantienen, inspirados secretamente por el espíritu jesuítico. Pero sí haré notar, teniendo en cuenta el matiz marcadamente reaccionario del primer grupo, el carácter decididamente autoritario del segundo, el subido tinte religioso de uno y otro y el sentido acento con que ambos claman por sus antiguos fueros y echan de menos sus pasadas grandezas de los tiempos feudales, que si un día España llegara á constituirse en una República más ó menos progresiva, no tardaríamos en ver á catalanistas y regionalistas venir, con sus respectivos auxiliares é inspiradores, á una antipatriótica conjunción y aunar sus fuerzas para declarar á Cataluña completamente desligada de todo vínculo nacional. De donde se infiere sin violencia:

1.º Que es cierto, de toda certeza, que el catalanismo, el regionalismo y el separatismo son tres fases de una misma idea, como afirmó en pleno Congreso el travieso *leader* de la minoría conservadora: y

2.º Que es falso, de toda falsedad, que en Cataluña no haya separatistas ni anexionistas, como afirmó también, en la misma Cámara, el jefe *nominal* de la minoría republicana.

Si yo no conociera, de tiempo atrás, la doble táctica que usa y los dos opuestos itine-

rarios que Pi y Margall sigue, alternativamente, en su accidentada marcha política, asombrárame ahora el que hombre tan sesudo, tan perspicaz y tan zahorí, no haya distinguido, ni aun de una manera turbia, no obstante tenerlo tan próximo, lo que el español más míope ve con la claridad más perfecta.

Porque ¡cuidado si se necesita cortedad de vista!

Pi y Margall conoce *fundamentalmente* ¡cómo no!: la doctrina separatista que se contiene en los folletos *España y Cataluña* y *Compendio de la doctrina catalanista*; las ideas, separatistas también, que difunden los periódicos *La Nació Catalana*, *La Veu de Catalunya* y *La Renaixensa*, y la activa propaganda, igualmente separatista, emprendida por la sociedad «Los montañeses»; amén de los vivas á «Cataluña independiente» y á «Cataluña francesa» dados, á presencia de los marinos de la República vecina, en el teatro del Tiboli y las calles de Barcelona: y sin embargo, ese hombre, que conoce todo eso y más que callo, iérguese una tarde en el Congreso y, encarándose con los que habían afirmado la existencia del separatismo catalán, les pregunta con su imperturbabilidad y prosopopeya características: — «Separatistas, ¿dónde los hay? No conozco ninguno. Y si los hay, ¿dónde se reúnen? ¿Cuál es su órgano?»—Interrogatorio verdaderamente extraño, ante el cual no puede uno menos de exclamar profundamente escandalizado: «¡Habrás visto nunca

candidez más infantil en un anciano de setenta y cinco inviernos, ni desenfado senil más reñido con la seriedad y las canas!»

Pero ya que el desorientado fundador del neofederalismo español, haciendo torpe alarde de una ignorancia inverosímil, se obstina en negar lo que todo el mundo sabe, sin reparar ¡incauto! que esa misma obstinación suya es la prueba más cabal, no sólo de su creencia enteramente contraria á lo que afirma, sino también de su complicidad con lo que niega, fuerza será que se le diga el nombre del primer separatista, después de darle á leer estos dos párrafos de una carta de Barcelona, publicada no hace mucho en un diario republicano de Madrid, que dicen á este tenor:

«Los separatistas son muchos (muchos; ¡lo oye D. Francisco!), muy entusiastas y disponen de grandes medios para realizar una activísima propaganda.»

«Nadie se llama separatista, aunque lo sea, por razones de prudencia y buena política (razones de prudencia y buena política; ¿entiende bien el Sr. Pí?); pero en el fondo de todo regionalista exaltado (de *todo* regionalista, D. Francisco) y de todo autonomista (también de *todo* autonomista, Sr. Pí) existe el deseo de la independencia y la aspiración constante de ver á Cataluña libre de toda suerte de lazos que la puedan unir con España.»

... ¿Lo quiere aún más claro D. Francisco Pí y Margall?

Y sería verdaderamente insensato, amén de estéril, el que se recurriese á la argucia y el

sofisma para torcer el recto sentido de las frases transcritas; porque la verdad, que en ellas resplandece, va ahora á recibir sus más cabal confirmación de los autorizados labios de su mismo impugnador.

El Sr. Pí y Margall ha afirmado también en el Congreso de los Diputados:

1.º Que el regionalismo es el separatismo, dentro del régimen monárquico.

2.º Que el regionalismo y el federalismo se diferencian *sólo* en que el primero admite la monarquía como forma de gobierno, y el segundo no admite más que la República.

Esto vale tanto como afirmar que, siendo los catalanistas regionalistas y los regionalistas monárquicos, unos y otros tienen forzosamente que ser también separatistas. Luego, ó no hay lógica en el mundo, ó el catalanismo, el regionalismo y el separatismo son, por confesión propia de D. Francisco, tres fases de una misma idea; que es precisamente lo que el diputado conservador sostuvo y el Sr. Pí y Margall negó.

Y aquí salta á la vista una de esas contradicciones que con tanta frecuencia se le escapan al decadente anciano, lo mismo cuando escribe que cuando habla.

Si, como él ha dicho, el regionalismo es el separatismo dentro del régimen monárquico, ¿cómo en 1869 afirmó ante el tribunal de imprenta, como se verá en la sección vi de estos Apuntes, «que el sistema federativo (ó regionalista, puesto que para él tanto monta) es igualmente aplicable á las monarquías, *sin*

detrimiento de sus atributos esenciales, NI DE LA UNIDAD DE LA PATRIA?»

Esto es lo que el espíritu más sutil no acertaría á hermanar con el clarísimo entendimiento, la integridad de carácter y la rectitud de conciencia que todavía algunos mentecatos le atribuyen al maestro, y que hay derecho á exigirle á todo hombre público de la autoridad y representación que él ostenta.

Pero aún se puede dar mayor realce á la superchería del aspirante á la jefatura unipersonal del federalismo regionalista, ó del regionalismo federal.

En su discurso, pronunciado la noche del 6 de Agosto en el Nuevo Teatro, dijo:

«No hay separatistas ni anexionistas; pero los puede haber si sistemáticamente se condena la autonomía de las regiones.»

Excusado me parece decir que esos separatistas y anexionistas, que, según D. Francisco, pueden surgir así como por ensalmo ó por *generación espontánea*, no son los regionalistas monárquicos; porque éstos ya hemos visto, por confesión del Sr. Pí, que son separatistas *per se*: luego es indudable que alude á los regionalistas republicanos, *únicos* que pueden serlo sólo *per accidens*, esto es, en el preciso caso de que sistemáticamente se condene su autonomía regional. Pero como esta autonomía de D. Francisco *no sólo está condenada*, sino que tiene, como todas sus teorías político-sociales, el rarísimo privilegio de encogerse ó de ensancharse, á voluntad suya, según los vientos políticos que soplen; evidente es

que nunca habrá de faltarle un pretexto para realizar ó suspender su amenaza, según que aquellos vientos le sean adversos ó favorables.

De donde resulta, tan claro como la luz del medio día, que aquí, el primer separatista, por su doble carácter de *generador* del separatismo republicano é *inspirador* (como se verá después) del separatismo monárquico, es D. Francisco Pi y Margall en persona.

¡Oh! Y de que lo es, el tiempo se encargará de probarlo, condénese ó no sistemáticamente la autonomía de las regiones, si el gobierno actual, ó el que le substituya, trata de establecer el *nuevo régimen* político social, *sin contar con el maestro*, ó éste se encuentra en situaciones análogas á las en que se encontró en 1873.

II

Aparición del regionalismo catalán, su desenvolvimiento, su significación y alcance propios.

Posible es que el punto inicial ó aparición del separatismo contemporáneo date, en Cataluña, de la última década del pasado siglo, y que, desde esta fecha, fuese abriéndose paso, con más ó menos lentitud, hasta la revolución de Septiembre; época en que, merced al vigoroso impulso que le dieran; de un lado, los catalanista, y de otro, el grupo de federales, ya desde entonces disidente de los

del resto de España, vino extendiéndose, paralelamente, tomando, en su desenvolvimiento, denominaciones diversas, hasta reunir el número de adeptos que constituyen hoy las dos parcialidades anteriormente nombradas.

Pero, nótese bien, hasta que el regionalismo no tomó cuerpo y organizó sus fuerzas y formuló concretamente sus aspiraciones, Pí y Margall no se permitió substituir por el vocablo «regiones» el de «provincias» que había empleado siempre en todas sus obras, *Las Nacionalidades* inclusive. ¡Ni siquiera había aún vislumbrado, entre el sistema regionalista y el que él defiende, esa *igualdad* de que hoy nos habla en estos términos:

«¿Qué es el regionalismo—pregunta en su semanario—sino la federación bajo otro nombre?» — «El regionalismo, ó lo que es igual, el federalismo es todo un sistema de organización política.»

¡El regionalismo la federación!

¡¡El regionalismo igual al federalismo!!

Pero ¡¡¡qué atrevimientos se consiente el maestro Pí!!!

Así se explica que, estimulado por tales audacias, el aspirante al magisterio, á la jefatura y al pontificado que aquél ejerce dentro del neofederalismo, haya recientemente afirmado en *El Liberal* que «la doctrina autonomista que en el regionalismo catalán se contiene, es substancialmente la misma que la democracia federalista viene propagando en España desde el año 1868».

Por fuerza el maestro y el pasante, el jefe

y su lugarteniente, el pontífice y su presunto heredero, antes mencionados, ó no saben lo que se han dicho, ó se han equivocado á *sabiendas*, por no decir que han mentido descaradamente, siendo ellos los primeros que se habrán reído de sus peregrinas ocurrencias.

Vengan acá y oigan esos sagaces *pescadores en ríos revueltos*.

El regionalismo podrá ser igual al neofederalismo que Pí y Margall, como mixtificador sistemático que ha sido siempre de todo orden de ideas, aún de las más puras y santas, ha inventado para su uso particular; pero seguramente no es ni *puede ser* la federación democrática, de la cual lo separa todo un abismo sin fondo.

«La federación—ha dicho Pí repetidas veces—es la variedad dentro de la unidad.»

Y el regionalismo—añado yo—es la unidad dentro de la variedad. Esto es, su antítesis.

El federalismo es la reunión de *varios* cantones ó Estados, perfectamente autónomos, dentro de cada uno de los cuales los demás grupos humanos que lo componen son tan autónomos, dentro también de su esfera propia, como lo es el mismo cantón ó Estado dentro de la *unidad* de la patria.

El regionalismo, por lo contrario, es el fraccionamiento de la unidad de la patria en varias regiones ó pequeñas nacionalidades, las cuales pueden constituirse, ora independientemente las unas de las otras, ora formando

una confederación á la manera de las de Alemania y Austria (sueño dorado de los regionalistas); pero que, sea cual fuere la constitución política que adopten, dentro de cada región ó nacionalidad particular, la autonomía de los demás organismos que la forman está totalmente subordinada á la nacional ó regional.

De suerte que, en el regionalismo federal ó el federalismo regionalista, la región viene á ser para el municipio, la familia y el individuo, lo que la nación viene siendo para las regiones desde las postrimerías del siglo xv; un Poder eminentemente *unitario*, dentro de la *variedad* de sus grupos.

En suma: La federación se establece para mantener en su seno, fraternalmente enlazadas, entidades humanas perfectamente libres: el regionalismo, por lo contrario, tiende á retener en el suyo, violentamente unidos, organismos humanos verdaderamente esclavos.

De donde se sigue que, como sistema político, el regionalismo dista tanto de la federación, como la monarquía absoluta, que es la forma de gobierno *obligada* del primero, dista de la República democrática, que es la forma social *propia* de la segunda.

Y con esto, dicho está que, para los federales sinceramente demócratas, ni el regionalismo puede ser considerado como un sistema de organización política, ni el vocablo «regiones» significar otra cosa, diga lo que quiera el dómine Pí, que una simple denominación, equivalente á las de «Cantones» y «Estados,»

adoptadas, respectivamente, por las confederaciones suiza y norteamericana.

Yo, al menos, en este sentido únicamente lo acepté sin el menor escrúpulo. Y lo acepté, no sólo por las razones étnicas é históricas que lo abonan y que el lector conoce, sino también porque me daba ya naturalmente determinada la circunscripción político-administrativa superior inmediata al Municipio, sin las dificultades y los peligros que una arbitraria y caprichosa agrupación de las actuales provincias había de ofrecer, al reducir su excesivo número, para formar aquel grupo de nuestra serie.

Pero acaso el lector pregunte: Y siendo todo esto de una evidencia tan clara, ¿cómo el insigne maestro no lo ve, á pesar de sus alardes de demócrata y de la irreprochable diafanidad de sus espejuelos? ¿Qué motivos tendrá para afirmar, en términos tan absolutos, una igualdad que no puede en modo alguno existir entre dos sistemas de organización social tan distintos, tan contradictorios, que ocupan, el uno respecto del otro, los dos polos opuestos de la política?

Tras la investigación de esos motivos se anda. Sígame el lector.

III

**Génesis del separatismo.
Consideraciones.**

En la última sesión que el Congreso administrativo celebró en Madrid el 21 de Noviembre de 1898, el representante de la Junta directiva dijo estas ó parecidas palabras:

«Me congratulo de que no se haya discutido el regionalismo, que, después de todo y sin máscara alguna, no significa más que el separatismo, nacido al calor de una obra del Sr. Pí y Margall.»

Esta afirmación es rigurosamente exacta, con un breve aditamento mío.

La idea separatista la inspiró, en efecto, Pí y Margall á catalanes, vascongados y navarros, principalmente, en *Las Nacionalidades*, que es la obra á que se alude; pero la difundió después en los discursos que sobre el pacto bilateral pronunció en 1881; y la mantiene hoy en *El Nuevo Régimen*.

Tanto en aquella obra como en estos discursos y este semanario, su autor ataca, de soslayo unas veces y de frente otras, á la vez que la integridad del territorio el principio de libertad, como se demostrará palmaria-mente en los capítulos que consagro á su examen, y como el mismo Pí lo indica ya en esta declaración que se lee en la página 318, párrafo primero, de su libro:

«Llevado—dice—á las ideas federales tanto por la tradición como por el raciocinio, he de es-

tar naturalmente porque se parta á la vez de la tradición y la razón para reorganizar la patria.»

Este lenguaje, que deja entrever algo del *dualismo* que informa toda la política de Pí y Margall, es propio y podría tolerarse sólo en un federal absolutista.

¶ Por que, para reorganizar la patria, según el sistema democrático federativo, que don Francisco *dice defender*, de donde hay que partir *naturalmente* es, no de la tradición, sino del derecho humano; no del raciocinio, sino de la justicia.

Del derecho humano, que es la *base fundamental* de aquel sistema y que la tradición *ha negado y negará siempre*.

De la justicia, que es el *escudo* de ese derecho *nativo* y que *toda razón* que se inspire en la tradición, necesariamente ha de tender al privilegio y la arbitrariedad.

Y así es, en efecto. Para reorganizar la patria, pide D. Francisco en el párrafo citado «la reconstitución de las antiguas provincias», porque «casi todas fueron naciones durante siglos».

Luego, ó la palabra «tradición» no significa aquí nada, ó significa sencillamente el retorno á los tiempos de la Edad Media feudal, en que el suelo patrio estaba dividido en pequeños reinos, principados y señoríos. Mas como Pí y Margall se llama federal, claro está que su *razón* no puede ser otra que la de hacer autónomas aquellas pequeñas nacionalidades, bajo el nombre de regiones, uniéndolas por los vínculos de una confederación

que, por su carácter *fundamentalmente tradicionalista*, por fuerza habría de tener por obligada base, no el derecho humano, sino el divino; no el principio de libertad, sino el de autoridad.

Y esto, el mismo Pí lo confiesa candorosamente en este embrollado párrafo que tomo del discurso que pronunció en la sesión del Congreso del día 28 del pasado Julio, y del cual me consiento subrayar algunas frases para llamar sobre ellas la atención de mis lectores.

Dice así:

«No, en España no hay separatistas; hay, sí, muchos federales, muchos regionalistas, muchos catalanistas. ¿Qué quieren todos? Que sean autónomas las regiones y estén enlazadas por un poder central. Tienen *todos una misma base y un mismo criterio* para reconstituir la nación española. Determinan *todos de igual manera* las facultades del Estado y de las regiones. No *difieren*, como antes dije, sino en que los federales somos decididamente *republicanos y demócratas* y los regionalistas y catalanistas consideran *indiferentes las formas de gobierno* y no tienen por los *derechos individuales el amor y el cariño* que nosotros. Los hay con *tendencias religiosas* y aun con *tendencias carlistas*.»

Ya lo ve el lector: sólo en esas *pequeñeces* difieren los federales de los regionalistas y los catalanistas.

Pero venga acá el sabio maestro de todos y responda, si puede, esta pregunta:

Si los federales son republicanos y demócratas, y los regionalistas y los catalanistas

no son lo uno ni lo otro; si los federales aman los derechos del individuo, y los regionalistas y los catalanistas los detestan; si los federales piden la separación de la Iglesia y el Estado, y los regionalistas y los catalanistas el restablecimiento de la unidad católica; si los federales, en fin, combaten la monarquía, y los regionalistas y los catalanistas tienden á restaurar los antiguos reinos, bajo el cetro de D. Alfonso, de D. Carlos ó de D. Jaime, ¿cómo puede ser que *todos* tengan una misma base y un mismo criterio para reconstituir la nación española, y que *todos* determinen de igual manera las facultades del Estado y de las regiones?

¿Cabe esto en lo posible? ¿Hay quien lo explique, ni quien lo entienda? Pues ese *galimatías* es el mismo que se nota en casi todos los escritos y discursos de Pi y Margall.

Y si esto no es retorcer la lógica, dar torqu Shore al sentido común y burlarse del público que le oye ó le lee, que el Dios de Israel lo diga.

Pero he nombrado el pacto bilateral y conviene analizarlo, para que se vea cuán íntimo es el parentesco que le une con el regionalismo, y cómo de este nefando consorcio nace, perfectamente justificado y legalizado para Pi y Margall, el desmembramiento del territorio.

SECCIÓN SEGUNDA

FALSAS TEORÍAS DEL PACTO.—DEMOSTRACIÓN

Los verdaderos maestros propagandistas del dogma democrático federal, jamás hablaron á su partido de otro pacto que el federativo, para la formación de las sociedades políticas. Pero en 1881 se le ocurrió al Sr. Pí y Margall substituir aquél por el pacto sinalagmático, proclamándolo nada menos que dogma esencial de la federación.

¡Dogma esencial de la federación el pacto sinalagmático!

¡Ave María Purísima!

Pero, entendámonos ya, ¿de cuál federación se trata? Por que en el mundo ha habido y hay todavía, repúblicas federales teocráticas, repúblicas federales aristocráticas, confederaciones militares y confederaciones realistas; y aunque el Sr. Pí y Margall nos diga que no se refiere á ninguna de esas formas de gobierno federativo (no obstante existir el precedente de habernos hablado de ellas en varias ocasiones, como veremos más adelante, confundiéndolas lastimosamente con la federación democrática), bueno habría sido que aclarase este punto, marcando de paso la

infranqueable distancia que separa las unas de la otra, siquiera no fuese más que para evitar las interpretaciones maliciosas á que esas reiteradas confusiones se prestan.

Y vengamos al examen de los puntos más substanciosos que ofrece á la crítica la defensa que el maestro Pí hace de su doctrina bilateral.

I

Una aclaración que no es tal aclaración.

«¿Por qué—pregunta Pí y Margall—no se ha de querer que el pacto sea la base de las naciones? Al hablar nosotros del pacto no queremos ni hemos querido decir nunca, sino que las naciones deben descansar en la libre voluntad de las entidades políticas que las componen.»

Esta aclaración del pacto ¿envuelve una gran verdad ó un gran sofisma?

Para contestar esta pregunta es necesario, ante todo, tener muy en cuenta los antecedentes políticos de la elevada personalidad que habla. El Sr. Pí y Margall no nos ha dicho nunca que sea partidario del régimen absoluto, sino defensor del dogma democrático; ni tradicionalista vasco ó navarro, sino federal español.

Siendo, pues, el Sr. Pí y Margall demócrata, federal y español, dicho está que se trata de reconstituir la nacionalidad española democrática y federativamente. Mas como toda

federación democrática tiene por fundamentos el derecho, la libertad y la justicia, evidente es que la reconstitución de nuestra nacionalidad no puede en modo alguno descansar en la libre voluntad de las entidades políticas que la forman. ¿Por qué? Porque la manifestación pública de esa voluntad bien pudiera ser contraria y atentatoria á los principios en que asienta aquel sistema político.

Pues qué, ¿acaso ignora el Sr. Pí y Margall que la voluntad de las entidades políticas no es absolutamente libre, sino que está limitada por algo que es superior á todas las voluntades reunidas? ¿Ignora que hay derechos sacratísimos á que no puede atentar nadie, ni las entidades políticas ni la humanidad entera congregada?

Y si no lo ignora, ¿cómo, siendo tan purista en materia de dogma, no ha observado que su declaración de teoría está completamente fuera del sentido de escuela, puesto que viene á destruir en su base el dogma de su partido?

Pero sí debe ignorarlo cuando en el número 425 de *El Nuevo Régimen*, hablando de la aplicación del sistema federal á nuestra España, dice, entre otras cosas que no son pertinentes al caso, lo que á continuación copio:

«No por nosotros, sino por la humanidad trabajamos, y *vale siempre* POCO Ó NADA EL INTERÉS DEL INDIVIDUO al lado del de la especie.»

Esta manera absoluta de argumentar es lo que le hace aparecer á los ojos de la democracia moderna como un absolutista de tomo y

lomo, á quien los *derechos nativos* del hombre jamás le pasaron de dientes á dentro.

Pero no es esto todo. Prosigamos el examen.

II

Un dilema que no es tal dilema.

Después de consignar la aclaración del pacto, que precede, Pi y Margall afirma lo que sigue:

«O se admite este principio (el de la libre voluntad), ó se quiere que las nacionalidades tengan por base la fuerza.»

El Sr. Pi y Margall no ha debido tampoco meditar ni, por consiguiente, medir bien el alcance de las palabras transcritas. A no ser que haya creído que entre sus contemporáneos no iba á haber otro capaz de meditarlas ni medirlas.

Si así no fuera, es indudable que no habría osado plantear un dilema, cuyas dos proposiciones, lejos de ser *opuestas disyuntivamente*, son, por lo contrario, *correlativas*, necesaria y forzosamente correlativas la una de la otra.

En efecto: esa voluntad libérrima, *sin límite conocido* (el Sr. Pi y Margall no lo determina), que se otorga á las entidades políticas, descansa en el principio absurdo de la soberanía absoluta, de esa soberanía de derecho divino que los tradicionalistas reconocen en D. Carlos; soberanía cuyo carácter distintivo, ora la ejerza un solo hombre, ora la ejer-

zan las colectividades, es el despotismo y la tiranía. Y la tiranía y el despotismo ¿qué otra cosa son sino la fuerza?

Luego es indudable que precisamente admitiendo el principio que con tanta tenacidad defiende Pí y Margall, es como las naciones tendrían por base lo que tanto horror parece inspirarle: la fuerza.

Ese principio, franqueando el límite del absolutismo, nos llevaría derechamente á la flamante monarquía de D. Carlos, ó á la confederación de los antiguos reinos, principados y señoríos de los regionalistas.

Y en verdad que sería un espectáculo por demás curioso ver á los federales confundidos con los tradicionalistas de todas las castas, y al Sr. Pí y Margall del brazo con D. Ramón Nocedal, ó con el marqués de Cerralbo, ó con el P. Martín, general de la famosa Orden de los jesuítas.

Yo no afirmaré que ese nefando maridaje de la boina y el gorro frigio sea muy del agrado de todos los neofederales; pero derechos á ese maridaje nefando los lleva fatalmente la extraña teoría de su jefe y maestro.

Enfrente, pues, del terrible dilema planteado por Pí y Margall, puede plantearse también este otro, no menos terrible: ó se admite el principio de libertad y de justicia, ó se quiere que las naciones federalmente constituidas tengan por base la peor de las tiranías.

Sí, la peor. Porque no hay tiranía más vergonzosa, ni más degradante, ni más depresiva que aquella que se ejerce con el beneplá-

cito, *con el libre y espontáneo consentimiento* de los seres tiranizados.

¿Hay nada más bochornoso y triste que un pueblo que se forja á sí mismo la cadena del esclavo?

III

Una consecuencia gratuita.

Lo es realmente, á mi juicio, la que Pí y Margall deduce de su contradictorio dilema y que dice textualmente:

«En este caso (el de tener las nacionalidades por base la fuerza), se legitiman todas las depredaciones de los pueblos fuertes y todas las infamias de la guerra. La Alsacia y la Lorena forman entonces legítimamente parte de Alemania, puesto que fueron ganadas por la fuerza de las armas.»

Nada de esto, por supuesto, como el lector perspicaz observará, es pertinente ni aplicable al caso, ni tiene que ver con el pacto, ni con la democracia, ni con la federación; pero voy á examinarlo para demostrar una vez más que Pí y Margall no ha meditado con la madurez debida el asunto que trata. Y digo esto, porque yo no he de creer que el insigne maestro haya querido abusar de la ignorancia ó la buena fe de sus discípulos, sacando de quicio una cuestión de suyo tan sencilla, embrollando las ideas más claras para que nadie, excepto él, las entienda, y poniendo en tor-

tura el pensamiento para sacar conclusiones favorables sólo... á algún fin particular suyo, no revelado todavía.

Y ahora pregunto: el Sr. Pí y Margall ¿conoce bien el origen y la historia de la Alsacia y la Lorena, que cita? Por qué si los conoce, como no dudo, debe saber que esos dos pueblos, particularmente el primero, tienen más de alemanes que de franceses.

La población actual de la Alsacia procede del cruzamiento de las razas céltica, germánica y belga, que ocuparon el país en sus primitivos tiempos.—En los caracteres antropológicos, en los hábitos, las costumbres y hasta en las creencias religiosas de aquel pueblo, se ve que predomina el elemento germánico.—La lengua alsaciana, que no es otra que el dialecto alemán, llamado *alemánico*, se ha conservado pura, sin sufrir la menor alteración, *á pesar de la presencia constante de los franceses*. Y alemanes son también los nombres que llevan muchas de las ciudades más populosas de aquel pintoresco y fecundo país.—A raíz de la disolución del imperio romano, la Alsacia (*Elssas*, en alemán) fué incorporada á la corona de Alemania, de la cual vino dependiendo, más ó menos directamente, hasta mediados del siglo XVII, en que pasó al dominio de Francia, por el tratado de Westfalia de 1648.

La población lorenesa es de origen galo; su lenguaje, un dialecto de la lengua de *oíl*.—La Lorena (*Lothringen*, en alemán) estuvo habitada antiguamente por los mediomatricos,

pueblo poderoso de la Galia-Bélgica. En los comienzos del siglo x el país, que hasta entonces había formado; primero, parte del reino de Austrasia ó de Metz, y más tarde, el reino de su nombre, fué erigido en ducado de Alemania, á cuyo imperio perteneció, en feudo, hasta 1737. Por esta época, el duque Fernando III dió la Lorena á Estanislao Leczinski, exrey de Polonia, en cambio del Gran Ducado de Toscana, que Austria había cedido anteriormente á este príncipe. Muerto Estanislao, en 1766, pasó íntegro el país á poder de Francia. Digo íntegro, porque ya en 1552 esta potencia se había apoderado *violentamente* de los obispados de Metz, Toul y Verdun, cuyo territorio le fué cedido por el citado tratado de Westfalia.

Por las brevísimas reseñas históricas que anteceden, se ve que la Alsacia y la Lorena pertenecieron primeramente á Alemania, fueron países alemanes durante siglos, y hasta 1648, la primera, y 1737, la segunda, no pasaron á formar *legalmente* parte de la monarquía francesa.

Mas ¿cómo se realizó esto? ¿Por la libre voluntad de aquellos pueblos? No. Por derecho de conquista, por la fuerza de las armas.

Pero transcurre el tiempo, y Alemania, que acechaba—y era natural que acechase—la ocasión propicia de tomar represalias, aprovecha la que en 1870 se le ofreciera, y recobra sus antiguos países.

¿Podía Alemania recobrarlos por otros medios que por el uso del mismo derecho y el

empleo de la misma fuerza que, para arrebatárselos, usó y empleó Francia?

Las simpatías que esta última nación nos inspire no debe cegarnos hasta el extremo de desconocer la razón que, en este punto concreto, está, para mí, de parte de Alemania.

Pero no es ese el error más transcendental que contiene el párrafo que contesto, ni el que á mí más me interesa desvanecer.

Pí y Margall hace responsables á los pueblos de todas las depredaciones é infamias de la guerra. Esto es inexacto, injusto é inexplicable en un hombre que figura á la cabeza del partido más avanzado de España. Los que provocan esas guerras infames y realizan esas depredaciones iníquas, de que Pí y Margall nos habla, no son los pueblos, sino los reyes y sus camarillas.

¿Quiere el Sr. Pí decirme qué ganaron los pueblos alsaciano y lorenés con su anexión á la corona de Francia? Oprimidos y explotados vivían bajo el poder tiránico de los príncipes de Alemania y de los obispos de Strasburgo; y explotados y oprimidos continuaron viviendo bajo el yugo despótico de los soberanos de Francia.

El único que ganó en aquella contienda internacional, fué Luis XIV, quien vió cumplidamente satisfechos: su orgullo, humillando á su rival el emperador Fernando de Alemania; su ambición, ensanchando las fronteras de sus estados; y su vanidad, apareciendo á los ojos del mundo coronado con los laureles de la victoria.

Pero ¡la Alsacia! ¡la Lorena! Para estos desdichados pueblos el cambio, más ó menos forzado, de nacionalidad, no significó otra cosa que una simple mudanza de tiranos y de explotadores.

Y esta es la historia de todos los pueblos degradados y envilecidos por largos siglos de servidumbre y despotismo: la historia de todos los tiempos, desde que el mundo existe: historia escrita con sangre y lágrimas, que llena hoy de asombro y de vergüenza á los que han sabido dignificarse, estableciendo y consolidando en sus países el imperio de la libertad y la justicia: historia, en fin, que no tendrá término, á pesar de los clamores y las protestas del Sr. Pí y Margall, ínterin las sociedades políticas, descansando sobre las firmes bases de la democracia y la federación, no se acostumbren á resolver esas contiendas substituyendo el derecho de la fuerza por la fuerza del derecho.

IV

Citas inoportunas.

«Cremos, por ejemplo—añade el Sr. Pí—que la Alsacia y la Lorena tienen perfecto derecho á sacudir el yugo de Alemania. Miramos como héroes y mártires á los polacos, siempre que se levantan en armas para reivindicar su autonomía. Vemos siempre con entusiasmo á las naciones de Oriente, cuando luchan por separarse de Turquía, con quien están unidas hace siglos.»

Examinemos separadamente estas tres citas, que bien lo merecen.

La Alsacia y la Lorena.

Cree el Sr. Pí que estos dos pueblos tienen perfecto derecho á sacudir el yugo de Alemania. Corriente. Pero ¿sólo el de Alemania? ¿Para qué? ¿Para someterse á otro? Pues ya en el capítulo anterior hemos visto lo que la Alsacia y la Lorena adelantarían con eso en el camino de su emancipación político-social.

Afortunadamente, la democracia moderna cree más, mucho más que el Sr. Pí y Margall. Cree que, á lo que esos dos pueblos, como todos los que se hallen en su caso, tienen perfectísimo derecho, es á sacudir, no sólo el yugo de Alemania, sino todo linaje de yugos, sea cual fuere el nombre con que se le designe, hasta conseguir el reconocimiento y la consagración de la autonomía propia, elevándose de esta suerte al nivel de los pueblos verdaderamente libres.

Y al creerlo así, la democracia moderna no hace más sino dar á aquel derecho su extensión natural. Extensión que el Sr. Pí olvidó determinar. Olvido incomprensible en un hombre que figura á la cabeza de aquella escuela, no sólo como propagador de sus principios, sino también como jefe de la parcialidad política que más genuinamente los representa.

Polonia.

La democracia moderna no podrá nunca recordar sin indignación el escandaloso y cri-

minal reparto que Rusia, Austria y Prusia hicieron de la infeliz Polonia. Pero ¿acaso la historia de este pueblo no registra también depredaciones análogas, realizadas por sus soberanos?

El nombre de Polonia (*Polska*, en lengua del país) aparece ya en la historia desde el siglo vi de nuestra Era; pero su territorio puede decirse que no llegó á ser bien conocido hasta mediados del ix. Por este tiempo el país estaba habitado por los *lechites*, pueblos eslavos, entre los cuales, los *polanes* ó polacos, llegaron á formar, en el siglo x, una tribu dominante.

Los primeros soberanos de Polonia, de la dinastía de los Piasts, empezaron sus reinos engrandeciéndose considerablemente el territorio, á expensas de los demás Estados; tanto, que, en el siglo x, bajo el cetro de los Boleslaos, los polacos se habían hecho temibles á los alemanes y los rusos, y el conjunto de los países que se hallaban bajo el dominio de aquellos monarcas, se componía de seis partes: la *Pomerania*, la *Silesia*, la *Gran Polonia*, la *Cujavia*, la *Mazovia* y la *Pequeña Polonia*. Bajo Wlandislao V, primer rey de la nueva dinastía de los Jagellons, la Lituania quedó incorporada á Polonia, la cual vió de esta suerte extraordinariamente extendidas sus fronteras. La reunión de estos dos Estados; la victoria que en los comienzos del siglo xv alcanzó Ladislao Jagellon contra los caballeros teutónicos, y el tratado de Thorn que, en 1466, les impuso Casimiro IV, hicie-

ron de la Prusia la feudataria de Polonia, y á ésta, la potencia preponderante de la Europa oriental.

La influencia poderosa que la nobleza había ido adquiriendo en el gobierno, monopolizando todos los privilegios y todas las dignidades y funciones superiores; las guerras enconadas contra rusos y tudescos; las revoluciones sangrientas que incesantemente agitaban al país, y la lucha tenaz que sostuvo contra Suecia, en la que se vió envuelta Rusia, habían agotado los recursos y debilitado el poder de la nación polaca. Con la muerte de Juan Sobieski empezó la decadencia de Polonia, la cual, asolada por los ejércitos enemigos, desgarrada por las contiendas civiles y religiosas, acabó por ser esclava de los czares de Rusia, y su glorioso nombre, borrado del catálogo de las naciones y hasta del mapa de Europa.

Llamamos sobre el vergonzoso y sombrío cuadro histórico que precede toda la atención de todos los españoles que tengan hoy arraigado el sentimiento de la patria.

Fijémonos ahora en el engrandecimiento que, en ocho siglos, alcanzó la nacionalidad que nos ocupa, aquella modesta nacionalidad que tuvo por origen la tribu de los *polanes*.

Antes del desmembramiento del territorio, bajo el reinado de Estanislao Augusto Poniatowski (1764-1795), el Estado de Polonia abarcaba una extensión superficial de 731.000 km.², que ocupaban 15 millones de habitantes. Esta población estaba distribuída en tres grandes regiones (Gran Polonia, Pe-

queña Polonia, Lithuania) y varios países feudatarios (Ducado de Curlandia, Distritos pomeranianos).

Y aquí ocurre preguntar: Ese considerable engrandecimiento ¿lo debió Polonia á la libre voluntad de los pueblos que la formaban? No. Lo debió, principalmente, á los azares de la guerra, al trance de las armas. Y lo que la fuerza hizo ¿no era natural que la fuerza lo deshiciera? Sin duda. Y así el mismo Sr. Pi lo reconoce en estas palabras:

«Fueron (las naciones de Europa) casi en todos los tiempos obra de la violencia: por la violencia nacieron, por la violencia se conservaron y por la violencia perecieron.» — (*Las Nacionalidades*, cap. IX.)

Mas para la democracia, no hay, no puede haber guerra que no sea infame, ni depredación que no sea ilegítima: los principios de igualdad y de justicia en que descansa la obligan á condenarlas todas por igual, sea cual fuere la nación ó el poder que las realice.

Una vez consumado el inícuo despojo, el gran crimen de la Rusia, los polacos se levantaron en armas, reiteradas veces, empapando con su sangre el suelo de su desmembrada patria. Pero ¿lo hicieron para reivindicar su autonomía propia, ó la de la nación representada en la personalidad de sus antiguos príncipes?

En la solicitud que en 1861 se dirigió á Alejandro II, pedíase el restablecimiento de las instituciones nacionales. Pero ¿cuáles instituciones? La monarquía hereditaria, que la-

bía regido hasta mediados del siglo xvi? ¿La monarquía electiva, que desde 1573 vino explotando la nobleza en provecho propio? ¿La dictadura ejercida por las cuatro confederaciones militares, que se organizaron en 1609? ¿El gobierno arbitrario de los príncipes electivos del segundo período sajón, que duró hasta fines del pasado siglo?

Bajo estos últimos, la población polaca estaba dividida en tres clases: los nobles, los burgueses y los labradores. Los nobles, que eran los únicos que ejercían los derechos políticos, gracias á su poder y á su linaje, fueron poco á poco acaparando toda la autoridad y reservándose exclusivamente la propiedad territorial. La industria y el comercio quedaron para los burgueses, quienes conservaban sus privilegios municipales. Los labradores se veían reducidos al estado de servidumbre y sus señores tenían sobre ellos el derecho de vida y muerte.

Tal era la condición del pueblo polaco bajo el gobierno de sus príncipes. ¿Podía ser más precaria ni más triste bajo el de los soberanos de las tres potencias usurpadoras?

No hace muchos años, el emperador de Alemania mostró singular empeño en aumentar la ya harto elevada cifra de su ejército. El proyecto encontró en el Reichstag una oposición formidable, y si alcanzó la categoría de ley, debióse exclusivamente al decidido apoyo que le prestaran los diecinueve representantes del partido polaco en aquella Cámara.

Ahí tiene el Sr. Pí y Margall una pequeña,

pero elocuentísima prueba del entusiasmo patriótico de los polacos por la reconstitución de su perdida nacionalidad.

Sin embargo, la democracia moderna no dejará nunca de anatematizar aquel despojo y mirará siempre como héroes y mártires á los polacos, por más que deplora el que su heroísmo y su martirio se emplearan para conservar un estado social que apenas se diferenciaba del de Rusia, y restablecer unas instituciones que habían sido la causa fundamental de todas sus desventuras.

Turquía.—Las naciones de Oriente.

La existencia del imperio otomano data de las postrimerías del siglo XIII (1299). Su fundador, Othman ú Osman, dueño de una parte de la Bitinia y vecino de la Grecia, realizó, con el celo y la ambición del más arraigado fanatismo, el precepto del Koran, que recomienda el *gazi* ó guerra santa contra los infieles. Constante en sus propósitos, reprodujo todos los años sus ataques y murió en 1326, en el momento en que su hijo Orkhan forzaba las puertas de Prusia. Sus sucesores ensancharon considerablemente los límites del naciente imperio, con la toma de Andrinópolis y la sumisión de la Macedonia, la Albania, la Servia, la Bulgaria y la Tracia. La política de Mahomet I consolidó el imperio otomano.

A mediados del siglo XV, Mahomet II tomó por asalto á Constantinopla, cuya conquista aniquiló el imperio griego. El ducado de Ate-

nas y el estado de Morea cesaron de ser libres, y las islas de Thasos, Samotracia y Lésbos, las colonias de los genoveses, el imperio de Trebisonda y la Bosnia, fueron sometidos. En Iliria, en Grecia, en todas partes, la conquista turca tocaba en el mar y en las posesiones venecianas y parecía amenazar á toda la Europa occidental. Solimán II llevó á cabo, en 1521, la conquista de Ródas, y en 1522, la de Belgrado, que dió á la Puerta la Moldavia y la Valaquia. Este reinado marcó el apogeo de la grandeza otomana; pero la ley impolítica que, separándoles del mando del ejército, arrojaba á los miembros de la familia imperial en la molicie y los placeres del Serrallo, y la destrucción de la marina turca en la famosa batalla de Lepanto, señalaron también la época de su decadencia. Esto no obstante, bajo Ibrahim y Mahomet III, la guerra de Choczim le dió algunos distritos de Polonia, y la de Candía, la posesión de esta isla. A partir de este instante, la decadencia de Turquía fué rápida y completa, perdiendo muchas é importantes posesiones, siendo vencida por la Rusia y dejando, por tanto, de ser ya la potencia formidable de Europa.

Después de la guerra de 1770 á 1774, en que figuró como aliada de la Polonia, la Puerta perdió la Bukovina y la pequeña Tartaria; la Crimea, en 1783, y varios distritos del Cáucaso, desde 1790 á 1792. La guerra de 1809 á 1812, aseguró á la Rusia los países situados entre el Dnieper y el Danubio. En 1819 se declararon independientes las islas

Jónicas, bajo el protectorado de Inglaterra; de 1820 á 1830, se emancipó la Grecia; y en 1829, la Rusia, á consecuencia de una nueva guerra, hizo declarar libres, salvo tributo, la Valaquia, la Moldavia y la Servia, colocadas desde entonces bajo su protectorado. A partir de 1860, todas las provincias y todas las razas aspiraron á sacudir el yugo de Turquía: Creta se sublevó en Agosto de 1866, y la Herzegovina, por segunda vez, en 1875. La Bosnia, la Bulgaria, la Servia y el Montenegro se insurreccionaron en favor de la Herzegovina, y una guerra formidable encendía la península, mientras que la anarquía más absoluta reinaba en Constantinopla. En 1877, la Rusia declaró la guerra á Turquía; y en 1878, en virtud del tratado de San Estéfano, la Rumania, la Servia y el Montenegro eran reconocidos como Estados independientes, y fundábase un gran principado autónomo de Bulgaria que, yendo del mar del Norte al Archipiélago, se extendía hasta las puertas de Andrinópolis y de Salónica. Estas condiciones alarmaron á Europa; particularmente, á Inglaterra, que veía con inquietud avanzar á la Rusia, con el nombre de Bulgaria, hasta el mar Egeo, y ocupar, en los orígenes del Eufrates, la desembocadura del golfo Pérsico y el camino de las Indias; y un nuevo tratado, firmado en Berlín en 1878, modificó el de San Estéfano, en perjuicio de Rusia, disminuyendo notablemente los territorios cedidos antes á la Servia y al Montenegro; reduciendo el principado de Bulgaria

en la parte septentrional de los Balkanes y constituyendo, en la meridional, una nueva provincia la Romelia oriental; prometiendo á Grecia ensanchar su territorio en Epiro y en Tesalia, y autorizando al Austria para ocupar militarmente y administrar la Bosnia y la Herzegowina.

Ya hemos visto, en el breve resumen histórico que precede, cómo se engrandeció y desmembró la Turquía. Veamos ahora qué han ganado las naciones orientales que lucharon por separarse de este poderoso imperio.

La Bosnia y la Herzegowina se hallan bajo la tutela del Austria, cuya potencia, para poder ocuparlas y administrarlas, según el tratado de Berlín, tuvo que emplear la fuerza, emprendiendo contra aquellos países una difícil y sangrienta campaña de invierno.

El Montenegro es vasallo de la Rusia.

La Rumania, formada de la unión de los principados de Valaquia y de Moldavia, goza de una independencia relativa, merced á la protección interesada de las cinco grandes potencias de Europa.

La Servia, erigida en reino en 1882, después de haber sostenido una guerra desastrosa con la Bulgaria, se halla políticamente bajo la influencia poderosa, ya del autócrata ruso, ya del emperador de Austria.

La Bulgaria se ve frecuentemente agitada por las sediciones militares, provocadas por los agentes secretos de la Rusia; de esa avasalladora potencia que aspira nada menos que

á anexarse aquel principado, ó á establecer en él un gobierno de su hechura que favorezca su política, encaminada á apoderarse de los Balkanes, correrse al centro de Europa, para tener más al alcance de su mano la codiciada metrópoli del desmembrado imperio turco.

He ahí, en suma, todas las ventajas que ha reportado á las naciones de Oriente su separación de Turquía: guerras internacionales y luchas intestinas, á cambio de una independencia puramente ilusoria, puesto que se ven forzadas á soportar tutelas no menos humillantes y onerosas que la de los sultanes.

Si al Sr. Pí y Margall le entusiasma la emancipación de esas pequeñas nacionalidades, él sabrá por qué: la democracia moderna no puede en manera alguna participar de su entusiasmo, ante el bochornoso y triste espectáculo que ofrecen aquellos pueblos, frecuentemente perturbados por guerras y luchas intestinas, y arbitrariamente regidos por príncipes ambiciosos, débiles ó ineptos, quienes para sostenerse en sus vacilantes tronos, ó tienen que pordiosear la protección, jamás desinteresada, de las grandes potencias, ó servir de lacayos á los primeros déspotas de Europa.

V

Contradicciones.

A parte la incongruencia, la inoportunidad y la inconexión, que he hecho notar en los

anteriores artículos, hay en las citas del señor Pí, y entre éstas y su teoría del pacto, las contradicciones que voy á señalar.

Según el Sr. Pí, las naciones deben descansar en la libre voluntad de las entidades políticas que las componen, si no se quiere que aquéllas tengan por base la fuerza.

En los resúmenes históricos, que anteceden, hemos visto cómo la Alsacia y la Lorena pasaron primero al dominio de Francia y volvieron después al de Alemania; cómo se formó y desmembró la nación polaca; y cómo la Bosnia, la Herzegowina, la Rumania, la Serbia, la Bulgaria y el Montenegro se unieron y se separaron de Turquía.

El Sr. Pí considera, además, como legítimo el derecho que asiste, á la Alsacia y la Lorena, para sacudir el yugo de Alemania; á los polacos, para reivindicar su autonomía, y á las naciones de Oriente, para separarse del imperio turco.

¿Con qué objeto? El Sr. Pí no lo explica, consecuente en esto con su antiguo sistema de dejar siempre alguna duda en el entendimiento de sus lectores; pero desde luego se entiende que ha de ser para que la Alsacia y la Lorena vuelvan á poder de Francia, el reino de Polonia se reconstituya y las naciones de Oriente sigan emancipándose de la Puerta.

Ahora bien: en el último de estos tres casos, el Sr. Pí defiende la disgregación de las nacionalidades; en el segundo, la reconstitución, y en el primero, ambas cosas á la vez, es decir, la disgregación y la reconstitución.

¿Por qué esta inconsecuencia, por qué esa desigualdad que pone al Sr. Pí en evidente contradicción con las doctrinas que propaga?

Si al Sr. Pí le parece legítima la disgregación de las nacionalidades, y por ende, la de Turquía; ¿cómo aboga por la reconstitución del reino de Polonia, y el desmembramiento de Alemania en beneficio de Francia?

¿En qué quedamos? ¿es verdadera ó es falsa la teoría de las nacionalidades?

Pero hay más.

El Sr. Pí ha declarado repetidas veces que no está mucho por las grandes naciones; y que está aún menos por las unitarias. Esto no obstante, el Sr. Pí quiere que una gran nación, Alemania, vuelva á perder dos de sus pueblos, la Alsacia y la Lorena, para que otra gran nación, Francia, los recobre de nuevo.

Por este lado, la teoría de las nacionalidades, por la cual no está mucho el Sr. Pí, nada absolutamente pierde; pero tampoco gana.

Veamos por el otro. Alemania está hoy formada según los principios federales, que el Sr. Pí defiende; mientras que Francia lo está según los principios unitarios, que el Sr. Pí rechaza. ¿Cómo se explica que el Sr. Pí, el defensor más entusiasta que el régimen federativo tiene en España, abogue por la reconstitución de una nación unitaria, á costa del desmembramiento de una nación federal?

Pasemos al segundo caso.

El Sr. Pí, á pesar de no estar mucho por las grandes nacionalidades, pide también la

reconstitución de Polonia. ¿Lo pedirá acaso en beneficio de la libertad de los polacos? No. Polonia estaba constituida *unitariamente*, y el Sr. Pí sabe muy bien «los graves peligros que la libertad correría si todos los pueblos que formaron aquella nación volvieran un día á unirse bajo el cetro de sus antiguos príncipes».

Y vamos al tercero y último caso.

El Sr. Pí, que parece no mirar con malos ojos la reconstitución de Francia y la de Polonia, aplaude, sin embargo, la disgregación de Turquía. ¿Lo aplaudirá, por ventura, para que las naciones de Oriente, unidas á este imperio durante siglos, «salgan de poder de un gobierno extraño y tiránico?» Tampoco. Si unitaria es la Turquía, unitarias son las naciones emancipadas; y si tiranizados vivían sus pueblos bajo la tutela de los sultanes, tiranizados viven bajo el gobierno de sus príncipes.

Pero hay más todavía.

Admitamos per un momento que la disgregación y la reconstitución de aquellas nacionalidades sean igualmente legítimas. ¿Cuál habría de ser el procedimiento que adoptaran, Francia, para recobrar la Alsacia y la Lorena; los polacos, para reconstituir su nacionalidad; los pueblos de Oriente, para separarse de Turquía? ¿El de la fuerza? Por la fuerza hemos visto que se constituyeron y disgregaron. Y por la fuerza parece querer el Sr. Pí que vuelvan á disgregarse y á reconstituirse, puesto que habla «de luchar», «de levantarse

en armas y de sacudir yugos». Pero si se las da por base la fuerza, ¿cómo esas naciones van á descansar en la libre voluntad de las entidades políticas que las forman?

Esas contradicciones son una consecuencia indeclinable de la absurda doctrina que Pí y Margall defiende.

Esas nacionalidades no hallarán nunca su asiento, en tanto que no se las reconstituya «sobre las bases que sostienen, en Europa, la libertad y el orden de Suiza; en América, la libertad y la grandeza de los Estados Unidos».

Pero esas bases, que son las de la verdadera democracia, no se encuentran en el principio de la libre voluntad, el cual no es otra cosa que el absolutismo y la fuerza, como ya lo he demostrado más arriba y lo veremos más adelante nuevamente confirmado por el mismo Pí y Margall.

SECCIÓN TERCERA

EL CONSENTIMIENTO

I

Tres teorías que no son más que una.

Los que tachan de inconsecuente al Sr. Pí y Margall, fundándose en sus frecuentes contradicciones, dan indicios claros de no estar en el secreto de su política.

Estúdiese ésta á fondo y se verá que jamás jefe alguno de partido demostró mayor constancia en la persecución de una misma idea. Examínense con detenimiento los actos públicos del Sr. Pí y Margall y se verá también que los fines que hoy persigue son los mismos que le obligaron, hace ya más de nueve lustros, á pasar del socialismo á la política.

¿Se quiere aún mayor perseverancia?

Lo que aquí sucede es que D. Francisco se ha empeñado en llegar al término de su viaje siguiendo caminos diametralmente opuestos al que le traza el dogma de la democracia federativa; y de ahí ese zig-zag de opiniones, de actitudes y de procedimientos que le hace

aparecer como inconsecuente, cuando, en realidad, no es sino el resultado lógico de las evoluciones que se ve forzado á hacer para ir salvando los escollos que le salen al paso, deteniéndole en su vacilante marcha.

Así, que, lo que en él parecen graves inconsecuencias, no son, bien mirado, otra cosa que *simples cambios de vía*.

Hace ya más de quince años que el señor Pí y Margall viene guardando sobre el pacto el más absoluto silencio, no obstante haber pasado su jefatura y su partido por crisis no menos tremendas que la de 1881. Y siendo así, ¿cómo se explica que D. Francisco haga hoy alarde de una prudencia que no supo guardar entonces? Esto se pregunta. Y á esto contesto que esa prudencia reconoce varias causas, y tiene, por consiguiente, varias explicaciones, que pueden resumirse en la siguiente:

«A Roma—dice el vulgo—se va por todas partes.» Y Pí y Margall conoce, como pocos, todos los senderos, derechos y torcidos, que conducen á la ciudad santa.

Además, ¿qué necesidad tiene el Sr. Pí de volver á escandalizar con su malhadado pacto bilateral al país republicano, contando, como cuenta, con otros medios, no menos eficaces, para conseguir el mismo objeto?

Pí y Margall, para reconstituir la nacionalidad española, substituyó el pacto federativo por el sinalagmático; y rechazado este último, se atrincheró; primero, en la libre voluntad de las entidades políticas, y después, en el

libre consentimiento de los pueblos y las regiones.

Pero ¿qué diferencia hay entre esas tres teorías, inventadas por el Sr. Pi y Margall? Ninguna absolutamente.

Examínense bien, y se verá que la libre voluntad y el libre consentimiento no son más que el pacto bilateral disfrazado, como vamos á verlo.

II

Identidad de esas tres teorías. Errores.

Por confesión del propio D. Francisco sabemos que «el pacto no quiere decir otra cosa sino que las naciones deben descansar en la libre voluntad de las entidades políticas que las componen».

Luego es evidente que la libre voluntad no es otra cosa que el pacto bilateral.

El número 46 de *El Nuevo Régimen*, órgano en la prensa de Pi y Margall, contiene un artículo intitulado *El Consentimiento*, que empieza así:

«Nosotros no tenemos una vara de medir para las colectividades y otra para los individuos. Opinamos que para los individuos como para las colectividades, hay una misma moral y un mismo derecho. Sin el libre consentimiento de dos ó más hombres no hay sociedad posible; sin el libre consentimiento del varón y la hembra no lo es ni la familia, con ser en cierto modo obra de la

naturaleza...» «No acertamos á concebir cómo sin el libre consentimiento puedan legítimamente fundarse sociedades políticas.»

Aquí, como el lector habrá notado, Pí y Margall habla del consentimiento sin mentar el pacto para nada, como viene haciéndolo desde 1883; pero en su libro *Las Nacionalidades*, página 445, se lee esta aclaración:

«Mas ¿qué es el pacto? El pacto á que principalmente me refiero en este libro es el *espontáneo y solemne consentimiento* de más ó menos provincias ó Estados en confederarse para todos los fines comunes.»

Luego es evidente también que el libre consentimiento no es otra cosa que el pacto bilateral.

Demostrada, pues, con textos irrecusables de Pí y Margall, la identidad de sus tres teorías, vengamos á sus

Errores.

En la citada página 445 de *Las Nacionalidades*, dice su autor:

«Cuando se reorganice España según nuestro sistema, el pacto, por ejemplo, será el *espontáneo y solemne consentimiento* de nuestras regiones ó provincias en confederarse para todos los fines comunes bajo las condiciones estipuladas y escritas en una Constitución federal...» «Creo inútil añadir lo que sería el pacto provincial ó regional: bajo condiciones estipuladas y escritas en otra Constitución particular, consentirían espontánea y solemnemente municipios ó provincias en formar un Estado.» «¿Qué hay en todo esto de irracional ni de contradictorio á los principios

del derecho? ¿No es así por ventura como se constituyen todas las sociedades, inclusa la familia? ¿No es así como se unen entre nosotros los pueblos mismos con el fin de llenar comunes atenciones? De tiempo inmemorial existen en España comunidades de pueblos para regadíos, para pastos, para disfrute y aprovechamiento de montes. Lejos de contrariarlas y de crearlas obstáculos, la ley municipal aun las autoriza y las fomenta.»

Estas opiniones, que el Sr. Pí y Margall expuso en 1883, no son más que una reproducción de estas otras, que el mismo Sr. Pí emitió en 1881.

«Ahora bien: si reconocemos como entidades autónomas el individuo, el pueblo, la provincia y la nación, ¿podrán entenderse y concertarse de otro modo que por el pacto? Por el pacto sabéis todos que se entienden y conciertan los individuos. ¿Han de ser de otra condición los pueblos? Por un pacto se constituyen las sociedades para la construcción de los ferrocarriles, para el beneficio de las minas y para los grandes negocios de la industria y del comercio. Por un pacto la liga de los obreros para mantener y aumentar el precio de su trabajo. Se forma una sociedad, se redacta, por lo tanto, un pacto que fija los derechos y los deberes de los socios. Todas estas asociaciones, como véis, descansan en la *libre voluntad* de los individuos que las forman. ¿Qué razón hay para que no descansen en la misma base las sociedades políticas?»

Después de leer estas líneas, cuesta trabajo creer que hayan sido escritas por D. Francisco Pí y Margall. Tan absurdas me parecen. Pero el maestro interroga y fuerza será

contestarle aunque no sea más que para no incurrir en la fea nota de descortés.

Para que las sociedades políticas no descansen en la misma base que esas comunidades de pueblos, esas ligas de obreros y esas asociaciones industriales, mercantiles, ferroviarias, etc., etc., de que Pí y Margall nos habla, hay una razón tan clara y tan sencilla, que no se concibe cómo ha podido pasar desapercibida á la superior inteligencia del maestro.

El Sr. Pí y Margall no ve esa razón, porque se obstina en dar al pacto federativo un carácter y una extensión que no tiene.

Fijemos bien esas mismas ideas que el señor Pí propaga en los párrafos transcritos, y no tardará el lector en ver, con toda claridad, esa razón que el jefe de los pactistas sinalagmáticos no alcanza á distinguir.

Si se reconocen como entidades autónomas el individuo, el pueblo, la provincia y la nación, quiere el Sr. Pí que estas entidades se entiendan y concierten para constituir sociedades políticas, como los individuos se entienden y conciertan para formar asociaciones industriales, mercantiles, etc.; esto es, por el pacto bilateral. Pero este pacto ¿es igualmente aplicable á la constitución de esas sociedades y á la formación de esas asociaciones? De ningún modo. Para que lo fuera, sería necesario que el carácter y los intereses peculiares de las primeras, no ofrecieran *diferencias esenciales* que las distinguen y separan de las segundas. Y si estas diferencias

existen, como el mismo Sr. Pí declara en las frases que copiaré después, ¿cómo se quiere que sociedades de carácter esencialmente distinto y de intereses opuestos tengan por base el mismo pacto?

En otro lugar de estos Apuntes he demostrado hasta la evidencia lo contradictorio y absurdo de semejante doctrina. Pero ampliaré las demostraciones; y desdicha mía será si no consigo al cabo llevar con ellas el convencimiento al ánimo de su tenaz mantenedor.

III

Nuevas demostraciones.—Ejemplo.

Europa nos ofrece modelos de toda clase de formas de Gobierno, desde la monárquica absoluta hasta la democrática federativa. Y yo pregunto: ¿está reconocido en todas las naciones europeas el derecho que asiste á los ciudadanos para formar libremente esas asociaciones que el Sr. Pí cita? Sí. Y entre esas naciones ¿hay alguna, fuera de Suiza, en donde estén igualmente reconocidos como entidades autónomas el individuo, el pueblo y la provincia? No. Y ¿por qué, si la base en que descansan las asociaciones industriales, mercantiles, etc., es la misma en que deben descansar las sociedades políticas? Si el pacto es uno, ¿cómo los gobiernos, aun los más autoritarios, lo aceptan para la formación de las primeras y lo rechazan para la constitución de las segundas?

Algún motivo poderoso debe haber ahí; y este motivo no puede ser otro que el siguiente.

El reconocimiento del derecho de los ciudadanos para formar una asociación mercantil, por ejemplo, no afecta en nada á la constitución fundamental de un Estado; y de ahí el que las leyes la autoricen y aun la fomenten en toda sociedad política medianamente culta, ora asiente ésta en el principio unitario, ora en el federativo; lo mismo bajo la monarquía que bajo la República. Pero ¿acontecería lo propio si se reconocieran como entidades autónomas el individuo, el pueblo y la provincia? De ninguna manera. Semejante reconocimiento alteraría profundamente la organización política de todo Estado unitario; y de ahí también el que aquellas entidades autónomas no tengan más que una sociedad política en qué desenvolverse libremente dentro de sus naturales límites; una sola forma de gobierno propia: la *federación democrática*.

El principal error del Sr. Pi consiste, á mi juicio, en querer amalgamar cosas que, por su propia naturaleza, están y deben estar por completo separadas; en confundir lo *esencial* con lo *accidental*, lo *permanente* con lo *mu-
dable*, extendiendo el principio autonomista hasta el absolutismo, punto extremo donde necesariamente tiene aquél que oscilar entre la anarquía y el despotismo.

Este error quizá no habría llegado á despertar recelos en los federales ortodoxos, no obstante la obstinación con que el Sr. Pi lo mantiene, si éste, al propagar la doctrina

federal, de cuya pureza se le cree el único depositario, procurara emplear siempre en sus discursos y escritos el lenguaje propio de la democracia, en vez de usar el del absolutismo.

Por que ¿cabe suponer que el Sr. Pí y Margall incurra con tanta frecuencia en tamaños errores por ignorancia? No; no cabe suponerlo, puesto que en el párrafo último de la página 150 de su citado libro *Las Nacionalidades* se leen estas palabras:

«En todos los sistemas políticos hay algo de *esencial* y mucho de *accidental*, que muda con las circunstancias.»

Luego el Sr. Pí debe conocer, indudablemente conoce la distancia *infranqueable* que separa lo esencial de lo accidental en nuestro sistema político.

Y si la conoce, ¿cómo pretende que una sociedad política que, como la nuestra, descansa en lo *esencial* y *permanente*, tenga la misma base constitutiva que una asociación particular cualquiera, que se funda en lo *accidental* y *mudable*?

Pero se le puede dar aún mayor realce al error del Sr. Pí con el siguiente

Ejemplo.

Supongamos que dos ó más individuos (el número no hace al caso) se entienden y conciertan para formar una asociación mercantil. ¿Cuál deberá ser la base constitutiva de esa asociación? ¿El pacto político? ¿Cómo ha de

ser el pacto político, tratándose sólo de intereses privados, que los socios ponen en común para fines concretos y exclusivos?

Una asociación que se crea para establecer entre sus miembros relaciones puramente *accidentales* de la vida, que en nada afectan á los principios *esenciales* del derecho humano; una asociación que se estatuye conforme á las prescripciones del Código civil, y cuyas obligaciones tienen fuerza de ley sólo entre los pactantes; una asociación que puede extinguirse por haber terminado el negocio que le sirvió de base, ó por haber espirado el plazo por que fué constituida, cae de lleno bajo la esfera de lo *accidental*, de lo *contingente*, de lo que *muda con las circunstancias*; y una asociación de esta naturaleza no puede descansar sino en el *contrato civil*, el cual puede ser todo lo sinalagmático, bilateral y conmutativo que el Sr. Pí desea, puesto que para serlo no se necesita más sino que las partes contratantes se obliguen mutuamente las unas respecto de las otras, y que el tanto que estas partes hayan de recibir sea equivalente al que dan.

Siendo, como acabamos de ver, potestativo en los individuos establecer ó no entre sí esas relaciones de derecho, de contratar ó no con tratar, sin que ninguna de estas dos opuestas resoluciones lastimen intereses de tercero, claro es que la asociación de que hablo, como todas las demás que el Sr. Pí cita, puede formarse, y realmente se forma, por el espontáneo consentimiento de sus miembros; puede

descansar, y realmente descansa, en la libre voluntad de las entidades que la componen.

Mas ¿puede decirse otro tanto de una sociedad política que asienta en los principios de la autonomía, la democracia y la federación?

Si hay alguno que lo afirme en redondo, yo lo niego en absoluto.

Esa sociedad no se crea por la conveniencia particular de unos cuantos individuos, para explotar negocios grandes ó chicos, ni para determinar relaciones voluntarias, inciertas y mudables; sino para atender, de un lado, necesidades orgánicas, nacidas de otro orden más elevado de intereses, los cuales son comunes á todos los hombres, y garantizar, de otro, los derechos, igualmente orgánicos, de las diversas entidades autónomas que la componen; derechos que son esenciales, inmanentes, que no dependen de ninguna ley escrita, ni de la voluntad expresa ó tácita de nadie, y que, por lo mismo, no se otorgan, sino que se consagran por reconocimiento.

En la formación de nuestra sociedad política no entran para nada, ni la especulación, ni el cálculo, ni la codicia, ni la conveniencia particular de los individuos; sino la igualdad, la razón, el derecho y la justicia, los cuales vienen á ser como la piedra angular sobre que se afirma el orden social, sirviendo á la vez de poderoso estímulo para el desenvolvimiento armónico de las entidades autónomas, en sus diversos grados.

Resulta de lo dicho que una sociedad que se crea, no por la conveniencia de dos ó más

individuos, sino por exigencias de la humana naturaleza, para hacer efectivas las relaciones político-sociales que han de ir aproximando y uniendo entre sí á esas entidades en su formación progresiva; una sociedad que se funda para garantizar el libre ejercicio de los derechos naturales del ciudadano é impedir toda ingerencia extraña en la vida íntima, en las funciones y los actos privativos de cada uno de nuestros organismos; una sociedad, en fin, que se constituye para poner á salvo, la autonomía individual y la doméstica, contra los ataques de todos los poderes; la autonomía municipal, contra las usurpaciones de la región; la autonomía regional, contra las tendencias centralizadoras y absorbentes del Estado nacional; y obligar, al propio tiempo, á todos estos organismos de nuestra serie á respetar los derechos legítimos que al Estado corresponden; esta sociedad, digo, cae de lleno bajo el círculo de lo *esencial*, de lo *permanente*, de lo *inmutable*, y no puede en manera alguna descansar en la voluntad, naturalmente caprichosa ó arbitraria, de ningún individuo, ni de ninguna colectividad, sea cual fuere la autoridad que revistan.

El pacto, pues, que debe servir de inquebrantable vínculo de unión entre los pueblos y las provincias ó regiones, y entre las provincias ó regiones y la nación, no puede ser otro que el político: pacto cuyo objeto y extensión son muy diferentes de los del contrato civil y de cuantas teorías pactistas ha inventado hasta hoy el Sr. Pí y Margall. Y así

he procurado demostrarlo hasta la evidencia en la nueva obra que sobre el particular tengo ya escrita y daré á la estampa oportunamente: obra que contiene la *doctrina pura del pacto* que la inmensa mayoría de los federales no conoce ó conoce mal, porque *los maestros* no han sabido ó no han querido explicarla con la latitud, la sencillez y la claridad debidas; obra, en fin, en que, al examinar el pacto federativo bajo sus diversos aspectos, se traza la esfera propia de acción á la vez que se determinan el origen, el carácter, la organización y las funciones peculiares de cada uno de los grupos ó entidades políticas que constituyen una federación genuinamente democrática, basada en el derecho humano.

SECCION CUARTA

EL DERECHO DE NO PACTAR

Este derecho, que está tan estrechamente unido al pacto bilateral, en su triple aspecto, como el pacto bilateral lo está al regionalismo, entraña, para mí, cuatro cuestiones, igualmente transcendentales, que importa mucho dilucidar separadamente; hoy que las corrientes separatistas, partiendo de Cataluña y extendiéndose por la región vasco-navarra, amenazan invadir las demás provincias españolas.

I

Cuestión primera.

La integridad de la patria ¿peligra realmente con el ejercicio del derecho de no pactar?

Esta pregunta ha sido en diversas ocasiones contestada por el Sr. Pi y Margall, que es el único que estaba obligado á contestarla, como principal mantenedor de aquel derecho y de las teorías pactistas que lo engendran. Pero ¿cómo la ha contestado D. Francisco?

Pues argumentando según la dialéctica especial que guía su raciocinio y que parece fundarse en la tricotomía hegeliana; esto es, poniendo en duda unas veces y negando ó afirmando otras la existencia de aquel peligro.

Y hénos aquí de nuevo enfrente de los socorridos «sí», «no» y «qué se yo», á que recurre el maestro, siempre que se ve estrechado por las objeciones que se le hacen sobre las absurdas y contradictorias teorías que propaga.

Y vengamos al primero de los citados casos.

En un discurso, pronunciado en Barcelona en defensa del pacto sinalagmático, decía Pí y Margall lo siguiente:

«En contra de estos principios ¿qué alegan nuestros adversarios? Son todos sus argumentos pobres y mezquinos. Dicen que son peligrosas nuestras teorías, porque puede suceder, al hacerse el pacto, que haya pueblo que no quiera formar parte de una provincia y provincia que no quiera formar parte de la nación española. ¿Que se atrevan esos hombres á llamarse revolucionarios! ¿Que rechacen los principios, sólo por que á sus ojos encierran peligrosas consecuencias!»

Como se ve, el párrafo copiado no contiene una contestación categórica, sino una respuesta evasiva. Lo que los federales pactistas y no pactistas de Barcelona necesitaban saber y el Sr. Pí estaba obligado á decirles con menos admiraciones y más claridad, era si sus teorías son ó no peligrosas. Porque ello es lo cierto que D. Francisco, si bien en aquellas líneas no lo afirma, tampoco lo niega; dejan-

do á sus parciales con la misma incertidumbre y á sus adversarios con el mismo temor.

Y vamos al segundo caso.

En otro discurso, pronunciado en Zaragoza, el Sr. Pi y Margall se mostró más explícito. He aquí sus palabras:

«Se afecta temer que por el pacto se ha de disgregar la nación española. Si por los peligros que los principios ofrecen debiésemos abandonarlos, no profesaríamos ninguno. ¿Qué idea nueva no los ofrece? Precisamente aquí estos peligros son imaginarios.»

No contento aún con dar á sus correligionarios estas seguridades, Pi y Margall hace por la centésima vez el resumen histórico de nuestra guerra de la independencia, para demostrar el error en que caen los que temen por el pacto la disgregación de la patria, y luego añade:

«No hay razón alguna para temer del pacto PELIGROS DE NINGÚN GÉNERO.»

¿Cabe negativa más clara, más terminante, más rotunda de la existencia de los peligros que los antipactistas ven en las teorías del Sr. Pi?

Pues pasemos ahora al tercer caso y véase cómo se expresó en Granada:

«Mientras las naciones no estén formadas por la libre voluntad de las provincias que las componen, no acierto en verdad á comprender con qué derecho se puede emplear las armas contra PROVINCIAS QUE TIENDAN Á SEPARARSE DE LA MADRE PATRIA.»

Esto quiere decir que si al establecerse la

federación ó el regionalismo, alguna provincia ó región (la catalana ó la vasca, por ejemplo) se negase á formar parte de la nación, no se la podría obligar por la fuerza. Luego no hay derecho contra el derecho de separarse de la madre patria, si tal fuera la voluntad libérrima de alguna provincia.

¿Cabe afirmación más explícita, más terminante, más solemne de lo peligrosas que las teorías del Sr. Pí son para la integridad del territorio, ni contradicción más palmaria de lo que el Sr. Pí negó ante los zaragozanos, ni mentís más tremendo lanzado al rostro del Sr. Pí, por el Sr. Pí mismo?

Pues todavía puedo citar otros textos en que se transparenta algo quizá más grave que la idea separatista que al Sr. Pí se le atribuye.

En el libro *Las Nacionalidades* (páginas 62 y 63), su autor, refiriéndose al antagonismo que existe entre los vascos y los demás españoles, se expresa en estos términos:

«Es indudablemente resultado natural de la diversidad de razas ese antagonismo que entre ellos y nosotros existe. A poco que se combine aquí los distintos criterios para la teoría de las nacionalidades, *tengo para mí que se habrá de estar* POR LA INDEPENDENCIA DE LOS VASCOS.»

Y si esto aún no bastara para penetrar en el fondo del pensamiento político de Pí y Margall, lean con atención estas otras palabras, que el mismo señor, contendiendo un día con *La Justicia*, órgano de los centralistas, escribe en su artículo *El consentimiento*, publicado en *El Nuevo Régimen*:

«Si por el consentimiento, se dice, se forma la sociedad política, es consiguiente que por el disentimiento se deslaga. Y *¿quién lo duda?* Al Norte de España hay un pueblo que difiere totalmente de nosotros, por su raza, por su lengua, por la índole y el desarrollo de sus instituciones y sus costumbres. Este pueblo, *el vasco*, ocupa las dos vertientes de los Pirineos y pertenece, parte á España, parte á Francia. *Si un día se propusiese constituir una nación, y Francia y España estuvieran conformes en disgregarlo de su respectivo territorio, óbvio es que por el disentimiento de las dos naciones* SERÍA POSIBLE ESTABLECER UNA NUEVA NACIÓN, REINO Ó REPÚBLICA.»

Ante todo, debo hacer notar la contradicción que existe entre algunas de las frases subrayadas y la teoría pactista del Sr. Pí.

Si, como éste afirma, la sociedad política debe descansar en la libre voluntad de las entidades que la componen, y la voluntad del pueblo vasco fuera un día la de constituirse en nación aparte, claro es que Francia y España tendrían necesariamente que conformarse en disgregarlo de su respectivo territorio, porque de no hacerlo así, de obstinarse en retenerlo por la fuerza, el principio del libre consentimiento, que el Sr. Pí defiende, resultaría perfectamente ilusorio.

¿No dice el Sr. Pí «que mientras las naciones no estén formadas por la libre voluntad de las provincias que las componen, no acierta á comprender con qué derecho se puede emplear las armas contra provincias que tiendan á separarse de la madre patria? ¿Qué falta hace entonces el disentimiento de Francia

y España, para que sea posible el establecimiento de una nueva nación, reino ó república, en las dos vertientes de los Pirineos, si tal llegara á ser un día la *voluntad soberana de sus moradores?*»

Esto sí que es difícil de comprender, dada la seriedad que á D. Francisco se le reconoce.

Acaso el Sr. Pí haya apelado, una vez más, á esos equilibrios dialécticos, á esas medias tintas, á esa especie de tira y afloja que le hace aparecer en contradicción con sus propias teorías, para no alarmar de nuevo á sus adversarios y acabar de enagenarse la confianza de los pocos federales que le siguen y de cuyo apoyo tanto hoy necesita, presentando en toda su desnudez la idea separatista que con singular obstinación sigue defendiendo *en beneficio casi exclusivo de los pueblos vasco y catalán*. Si así fuese, preciso es confesar que su empeño ha sido vano, porque aquella idea aparece allí clara, evidente, palpitante, aun á través del lenguaje equívoco y de las sutilezas de ingenio con que ha intentado velarla.

¡Y que aún se atreva D. Francisco á decir que quiere el engrandecimiento de la patria, y que le calumnian aquellos que le acusan de pecir su desmembramiento!

Pero ¿en qué quedamos, Sr. Pí? El libre consentimiento ¿no lleva aparejado el derecho de no pactar, y este derecho la separación de aquellas provincias ó regiones que no quieran formar una parte integrante de nuestro territorio? Pues ¿cómo el Sr. Pí, al protestar de la especie calumniosa, vertida por los que

le acusan de pedir el desmembramiento de la patria, no ha observado que aquí el único calumniador del Sr. Pí y Margall es el Sr. Pí y Margall mismo?

¡Qué ceguedad la de D. Francisco!

II

Cuestión segunda.

¿Asiste á las entidades políticas el derecho de no pactar, tratándose de reconstituir una nacionalidad unitaria, como la nuestra, sobre los principios de la democracia y la federación?

No creo que haya ningún federal verdaderamente democrata que se atreva á contestar esta pregunta afirmativamente dentro del espíritu de nuestra escuela.

Esas entidades políticas tendrían perfectísimo derecho á no admitir una Constitución común que mermara, desnaturalizara ó anulara sus derechos naturales; porque estos derechos son sagrados y están por encima de toda ley, de toda convención. Pero no les asistiría igual derecho para rechazar un pacto que las reconociese personalidad propia, que las reintegrara en la plenitud de su soberanía y las devolviese todo lo que en justicia les corresponde, garantiendo el libre ejercicio de sus peculiares autonomías, dentro de la órbita que la naturaleza les ha trazado.

No. Ninguna entidad política debe ni puede consentir que se la someta, en lo que la es

privativo, á tutelas extrañas, que la reducirían inevitablemente al estado de servidumbre en que hoy vive; porque federalizar para mantener violentamente unidos pueblos esclavos, no es federalizar. Por lo menos, no es federalizar democráticamente.

Federalizar democráticamente es reunir en un cuerpo de nación á los diversos grupos humanos que lo componen, respetando en cada uno de ellos el derecho incuestionable que tiene á gobernarse libremente, *dentro de su respectivo círculo autonómico y sin menoscabo de la unidad harmónica nacional*; pero con exclusión absoluta de todo lo que pueda hacer la unión violenta, arbitraria ó injusta; es decir, de todo lo que pueda considerarse como un atentado contra aquel derecho y una imposición de la fuerza ó de la ignorancia.

Y para eso es el pacto; para establecer entre los individuos que forman los mencionados grupos, las relaciones más ó menos accidentales *que no afecten á sus derechos legítimos*, quedando éstos enteramente á cubierto de todo ataque, y para libertarse del tirano común, ó defenderse bajo la salvaguardia de una Constitución fundamental.

Y un pacto que se hace para establecer y afirmar, sobre el principio de libertad, los vínculos de la más estrecha unión entre nuestros organismos, facilitándoles los medios de realizar cumplidamente los diversos fines de la vida; un pacto que se hace para garantir, por igual, el ejercicio de derechos que se originan de los atributos esenciales del hombre;

atributos y derechos que constituyen, si así puede decirse, la propiedad *nativa*, sagrada é inenagenable del linaje humano; ¿podría mañana rechazarlo ninguna de las entidades políticas que componen hoy la nación española?

Para esto sería necesario que la voluntad de esas entidades fuera absoluta. Y ¿lo es? En otro lugar de estos Apuntes he demostrado ya que, en el orden político, esa voluntad se halla esencialmente limitada por algo que está muy por encima de ella. Pero ilustraré con nuevas razones cuestión tan grave, puesto que á ello me invitan estos dos párrafos de *El consentimiento*, artículo, ya mencionado, del Sr. Pí y Margall.

«La falta de consentimiento—dice—vicia todo contrato...» «No acertamos tampoco á comprender por qué no ha de viciar y destruir sociedades como las naciones.»

«Lo que es vicioso desde su origen, no cabe que convalezca por el transcurso del tiempo; *pero es indudable que lo que viciosamente se funda, cabe que convalezca por la voluntad de sus fundadores, es decir, por un nuevo contrato.* Tampoco acertamos á comprender por qué las sociedades políticas viciosamente fundadas no se ha de procurar que pierdan por un nuevo contrato el vicio de origen.»

Si mis lectores han leído con atención las líneas que preceden, habrán notado, como yo, en las frases subrayadas otra contradicción del Sr. Pí, que pone al descubierto, una vez más, la falsedad de la doctrina que sus-

tenta, y quién sabe si también la clave de toda su política.

El Sr. Pí y Margall conoce perfectamente el principio fundamental del dogma de su partido; y atribuir á ignorancia su insistencia en falsear este principio, acusaría en mí, ó una gran torpeza, ó una insigne candidez. Por algo el Sr. Pí se obstina en falsear la base de aquel credo, empleando palabras ambiguas, frases de doble sentido y de peligroso alcance.

Veamos, pues, si por el análisis de esas frases conseguimos llegar al descubrimiento de ese algo, que el Sr. Pí no explica y que importa conocer. Pero no se olvide, sobre todo, que es un federal demócrata el que ha escrito esas frases, y que las ha escrito para que las lean, principalmente, federales demócratas también.

Y vengamos á la cuestión.

Para nosotros es incuestionable que la sociedad política española está hace ya siglos viciosamente fundada. Mas como «lo que es vicioso desde su origen, no cabe que convalezca por el transcurso del tiempo», claro es que la democracia federal, con el Sr. Pí á la cabeza, ha de «*procurar*», cuando llegue la hora, que nuestra sociedad política «pierda por un nuevo contrato el vicio de origen».

Sobre este punto no creo que estén en desacuerdo el Sr. Pí y la democracia federal.

Ahora bien: ¿cuál es el vicio de origen de nuestra sociedad política?

Para el Sr. Pí, la falta de consentimiento;

para la democracia federal, el principio en que esa sociedad descansa.

Más claro. Para reconstituir federalmente la nación española, sobre la base de libertad, el Sr. Pí quiere «que los seres que hayan de formar nuestros grupos, manifiesten previamente su voluntad de formar parte de ellos»: la democracia federal sólo reclama que se substituya el principio de autoridad, en que la nación descansa, por el principio de humanidad, en que debe descansar.

¿Hay paridad entre esas dos opiniones? Muy míope ha de ser el que no distinga á la primera ojeada el abismo que media entre lo que el Sr. Pí quiere y lo que la democracia federal reclama.

Acaso se me pregunte: Pero el libre consentimiento ¿no puede conducirnos á la substitución del principio de autoridad por el principio de humanidad?

Podría conducirnos, y positivamente nos conduciría en las localidades donde dominara el elemento democrático; pero podría no conducirnos, y seguramente no nos conduciría en aquellas donde imperase el elemento absolutista.

Si, como el Sr. Pí afirma, «es indudable que lo que viciosamente se funda, cabe que convalezca por la voluntad de sus fundadores, y la voluntad, previamente consultada, de alguna ó algunas entidades políticas fuera la de que convaleciese el principio de autoridad, que es el del absolutismo, ¿cómo este principio iba á ser substituído por el de humanidad,

que es el de la democracia? Y si esta substitución es imposible ¿cómo iba á desaparecer el vicio de origen de nuestra sociedad política, sin que se venga abajo la teoría que el señor Pí sostiene, ó sin poner en peligro inminente la integridad del territorio?

En otros términos: ¿cómo la democracia federal, con el Sr. Pí á la cabeza, iba á *procurar que nuestra sociedad política perdiese por un nuevo contrato el vicio de origen?*

Luego evidentemente no es la falta de consentimiento, sino precisamente lo contrario, lo que *viciaría el nuevo contrato político*.

Y quizá se me replique: Pero en vuestro sistema ¿no son, así el individuo como las colectividades, perfectamente libres, autónomos, independientes y soberanos?

Es muy cierto. Pero nadie es libre, autónomo, independiente y soberano para ser esclavo, ni mucho menos para obligar á otro á que lo sea porque así le interese ó le acomode.

Ser libre, autónomo, independiente y soberano para renunciar á su dignidad de hombre, á su libertad de ciudadano; ó lo que es lo mismo, para convertirse en bruto ó transformarse en siervo; ser libre, autónomo, independiente y soberano, para hacer cosas insensatas, injustas, serviles y degradantes, sería el sumo libertinaje: y yo no sé que existan, ni la libertad de la insensatez, ni la autonomía de la arbitrariedad, ni la independencia de la esclavitud, ni la soberanía de la degradación.

Pero yo gusto mucho de los ejemplos prácticos, y voy á poner uno que aclare aún más este punto; porque se me antoja que todavía ha de haber alguien que dude ó vacile, y quiero llevar la más perfecta certidumbre aun á los espíritus más incrédulos ó rebeldes.

Supongamos por un momento que ha llegado la suspirada hora de establecer en España la República democrática federal, y que, para constituirla, se consulta previamente, según la teoría del Sr. Pí, la voluntad de las entidades políticas que han de componerla. ¿Cree de buena fe el Sr. Pí que la manifestación pública de la voluntad de las provincias del Norte, pongo por caso, estaría de perfecto acuerdo con los principios fundamentales de aquella forma de gobierno? Harto bien sabe el Sr. Pí que no. Esas provincias, tan exclusivistas como refractarias á todo progreso, que por dos veces, en el presente siglo, han ensangrentado el suelo de la patria y conducido al país á su ruina, arrastradas por la ridícula y criminal pretensión de imponer sus rancias creencias y anacrónicas instituciones á las demás provincias, como si todas ellas no debieran ser enteramente iguales ante el derecho, la razón y la justicia; esas provincias, que parecen ser la dama de los pensamientos del Sr. Pí y Margall, á juzgar por la frecuencia con que las cita, los elogios que las prodiga y el singular afecto que las manifiesta siempre que de ellas se ocupa; esas provincias, digo, se apresurarían á reclamar la reintegración de sus mermados fueros, con la uni-

dad católica y todos los privilegios que le son anexos y que pugnan con la democracia, bajo la amenaza de no entrar en el pacto y declararse independientes si la República desatendía su reclamación.

¿Y podría, ni debería España permitir esto? No y mil veces no. ¿Por qué? Porque así como en la humanidad no debe existir un solo sér superior á otro sér ante la razón humana, en España no debe haber una sola entidad política que signifique más que otra entidad política ante el derecho igual y supremo del origen, de la vida y del destino.

Esto vale tanto como decir que, en el seno de una democracia federativa, ninguna entidad política es dueña de gobernarse contra los derechos de todos los hombres; ninguno de los grupos que la componen puede en manera alguna depender de la voluntad de los otros; sobre todo, en lo que se refiere á su particular autonomía, á sus derechos privativos, á su vida íntima; y toda imposición en opuesto sentido sería un atentado contra la naturaleza, y toda separación violenta, un crimen de lesa patria.

Lo repito, porque hay cosas que nunca se repiten bastante: Nadie, entiéndase bien, absolutamente nadie, ni individuo, ni familia, ni pueblo, ni provincia, ni nación, puede renunciar á su libertad original, á su derecho nativo, á su autonomía peculiar, á su independencia propia, *dentro de la dilatada esfera del derecho humano, dentro de los fines morales de la humanidad*; porque esa renun-

cia equivaldría al postrer abandono, á la degradación última.

Nuestra sociedad política, como ya queda indicado, descansa en el principio de humanidad. Este principio necesita una garantía contra las extralimitaciones ó los abusos de toda autoridad; es decir, necesita una constitución, una escritura, una alianza; y esta alianza, esta escritura, esta constitución, es el pacto.

El pacto, pues, no es otra cosa sino la garantía de respeto de todos los poderes públicos, ejercitantes de la soberanía del pueblo, legítimamente expresada por el sufragio universal, á la autonomía del ciudadano y de los seres colectivos.

Por tanto, una liga que se forma, una alianza que se concierta ó un pacto que se hace para establecer y garantizar la libertad, la igualdad y la justicia para todos, no puede rechazarlo ninguna de las actuales provincias ó regiones españolas, las vascas y catalanas inclusive.

III

Cuestión tercera.

España, como todo el mundo sabe, viene formando un solo cuerpo de nación, desde fines del siglo xv en que los Reyes Católicos lograron reunir bajo su cetro los diferentes Estados en que nuestro territorio estuvo dividido en la Edad Media.

Ahora bien: para que la transición del régimen unitario al federativo sea perfectamente legal en una nación ya formada como la nuestra, ¿se necesita que su unidad sea previamente confirmada por las provincias ó regiones que la constituyen?

Oigamos al Sr. Pí:

«No importa que nuestra nacionalidad esté ya formada: ni es todavía una federación, ni aun prescindiendo de la federación puede decirse que tenga asiento racional y fijo, ínterin no descanse sobre la libre voluntad de sus provincias, ayer naciones. *Se necesita de esta solemne ratificación* para que haya derecho á sujetar por la fuerza las provincias, mañana que intentaran separarse de España.»

La respuesta no puede ser más categórica. El Sr. Pí declara que se necesita de aquella confirmación, puesto que la unidad de la patria, no habiéndose realizado por el consentimiento de sus provincias, ayer naciones, carece de asiento racional y justo.

Consigno esta afirmación rotunda del señor Pí y Margall, y vuelvo á preguntar:

¿Es absolutamente cierto que en la obra de los reyes no entró para nada el consentimiento de las antiguas naciones?

Oigamos otra vez al Sr. Pí:

«*Consintieron* TODAS estas naciones la obra de los reyes; pero, nótele el lector, bajo la *condición de que se les conservara sus leyes, su régimen municipal y su autonomía*. Los mismos príncipes, al ganar un Estado por la fuerza, se apresuraban á confirmarle las libertades de que gozaba.»—(*Las Nacionalidades*, pág. 216.)

La contestación á mi segunda pregunta no puede ser tampoco más terminante; ni la afirmación que envuelve más contradictoria, más opuesta á la primera.

Por confesión del mismo Sr. Pí sabemos que las antiguas naciones, no sólo consintieron todas la unión, sino que impusieron á los monarcas que la realizaron condiciones verdaderamente humillantes para la dignidad real, puesto que: «En ninguno de los antiguos reinos se reconoció á nadie por rey como en Cortes no les jurara previamente los fueros.»

«Y eran estos fueros y preeminencias de tal índole, que el rey no podía, por ejemplo, entrar en Aragón con tropas de Castilla, como Aragón no se lo consintiera, ni enviarle virrey que aragonés no fuera, ni arrancar de mano del Justicia al que bajo el Justicia se amparara, aun cuando se le persiguiese por agravios á su persona.»

«Con tales fueros y tal autonomía, ¿cómo extrañar que se *consintiese la unión* de los Estados por los reyes, sobre todo cuando *no era fruto de la violencia?*» — (*Las Nacionalidades*, pág. 218.)

De las precedentes declaraciones del señor Pí se desprende:

1.º Que la obra de los reyes fué producto, no de la violencia, sino de la libre voluntad de los Estados: y

2.º Que la unidad nacional quedó concertada previo el reconocimiento por los reyes de la independencia que los Estados reclamaban en todo lo que á su régimen interior se refería.

Luego si, como vemos, hubo entre los Es-

tados y los reyes «*mutua voluntad de contraer una obligación y el deber de cumplirla*», es claro que unos y otros obraron autónomicamente. Y si obraron autónomicamente, claro es también que á la unidad nacional se le dió entonces por base, no la fuerza, que el Sr. Pí rechaza, sino el pacto, que el Sr. Pí admite, como «el único medio racional de relación que cabe entre seres autónomos», «como el verdadero lazo jurídico de las naciones».

Y teniendo la unidad de nuestro territorio «tan racional, tan firme y legítimo asiento», ¿qué necesidad hay de ratificarla solemnemente, para que haya derecho á sujetar por la fuerza las provincias ó las regiones, mañana que intentaran separarse de España?»

Quizá se me objete diciendo: Pero los reyes ¿no hollaron después los fueros que en Cortes habían jurado? ¿no suprimieron las franquicias municipales que habían reconocido? ¿no ahogaron en sangre las libertades públicas que habían confirmado? Pues si la Corona fué desleal, si fué perjura, puesto que faltó á la fe jurada, despojando violentamente á los antiguos reinos de su autonomía propia y poniéndolos todos bajo el nivel del más brutal despotismo, dicho está que el pacto quedó roto, y que los príncipes, al romperlo con el filo de su espada, dieron á la unidad nacional por única base la fuerza. Luego una de dos: ó se admite aquella ratificación solemne que se reclama, ó el derecho de las antiguas naciones, hoy provincias, á recobrar su pérdida independencia, es perfectamente legítimo.

He ahí las objeciones que se me podrían hacer y que me sugieren la siguiente pregunta:

Nuestra historia contemporánea ¿no registra en sus gloriosas páginas ningún hecho, por el cual las provincias españolas, ayer naciones, hayan manifestado, en ocasiones solemnísimas, *su libre y espontánea voluntad* de permanecer unidas á la madre patria?

Oigamos de nuevo al Sr. Pí y Margall:

«Siglos de unión llevaban ya nuestras provincias al empezar la lucha por la Independencia; y, forzoso es consignarlo, *ni aun al disgregarse dejaron de pensar en la UNIDAD DE LA PATRIA.*» — (*Las Nacionalidades*, pág. 237.)

«...La nación está VIGOROSAMENTE afirmada en el pensamiento y el corazón DE TODOS los españoles. En este mismo siglo se han presentado, como hemos visto, ocasiones para que la nación se hiciera pedazos. Las provincias, y esto es más, han llegado á declararse independientes. Les ha faltado después tiempo para reorganizar un poder central que personificara la nación y la SOSTUVIERA durante la crisis. Han manifestado SIEMPRE tanto ardor para mantener la unidad nacional como para recuperar su propia autonomía. En medio de tantos y tan generales trastornos como nos han afligido, ¿en qué pueblo ni en qué provincia se ha visto JAMÁS tendencia á separarse de España? No se ha visto ni siquiera en esas provincias Vascongadas, autónomas como ninguna, que han sostenido contra nosotros dos largas guerras civiles y en las dos han debido bajar la frente. Ni en el movimiento cantonal de 1873 se observó el menor conato de independencia. Recuérdesse ahora cuán vivo y UNÍSONO se mostró el sentimiento nacional EN TODOS los ámbitos de la Península

cuando la guerra de Africa. Rayó en delirio el entusiasmo al recibirse la noticia de la toma de Tetuán, y EN TODA ESPAÑA se significó el deseo de que continuase la guerra y se fuese á Tánger. TODO EL MUNDO se mostró dispuesto al sacrificio. EN TODAS PARTES, al volver de la campaña, entró el ejército bajo una lluvia de flores.» — (*Las Nacionalidades*, páginas 295 y 296.)

Ya lo ha oído el lector de los autorizados labios del Sr. Pí y Margall.

La unidad de nuestro territorio, llevada á cabo pocos meses antes del descubrimiento de América, ha sido afirmada repetidas veces, en el presente siglo, por el pueblo español en masa.

Esa unidad, que el jefe del neofederalismo pone hoy en litigio, por razones que no todos se explicarán satisfactoriamente, recibió ya en la *primera Asamblea Nacional de España* la confirmación más solemne con estas palabras que los legisladores de Cádiz consignaron en su famoso Código político de 1812: «*La nación española es libre é independiente, y no puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona*»: Siendo muy de notar, además, que en ninguna de las Asambleas Constituyentes posteriores ha habido una sola región, ni una sola provincia, ni un solo pueblo que haya ni siquiera pensado en reivindicar su antigua independencia. Antes al contrario, todos, absolutamente todos, asturianos, gallegos, castellanos, aragoneses, andaluces, valencianos, murcianos, extremeños, catalanes y hasta vascos y navarros han rivalizado en heroísmo

y dado gustosos sus vidas y sus tesoros en defensa de la integridad de la patria, y ostentado siempre con verdadero orgullo el nombre de españoles.

Y siendo así, ¿qué razón hay para que nuestras provincias ratifiquen mañana con sus votos lo que reiteradas veces han ratificado ya con todo linaje de sacrificios y sellado con su sangre?

Acaso la habría si nuestro régimen político buscara la unidad de la patria *en la general servidumbre*; pero no cuando la busca *en el común derecho*.

Y, con todo, ¡admírese el lector! ni aun buscándola en la general servidumbre sería lícito que esa unidad se rompiese, según el mismo Sr. Pí declara en estas líneas que tomo de *Las Nacionalidades* (pág. 246):

«Naciones que fueron por mucho tiempo independientes y se unieron bajo la condición de que se les respetara su autonomía, es natural que tiendan incesantemente á recobrarla, y quieran en el gobierno central un poder que á la vez se la garantice y dirija sus comunes intereses.»

Vemos, pues, que la tendencia de las antiguas naciones, hoy provincias, *está limitada á recobrar la autonomía*, que la perfidia les arrebató; pero, nótese bien, sin romper el lazo que las mantiene unidas hace ya cuatro siglos, puesto que *quieren un poder central* que á la vez que se la garantice dirija sus intereses comunes.

Luego si las antiguas naciones, hoy provincias, no han intentado hasta aquí romper

el pacto que las unió en la segunda mitad del siglo xv, *no obstante verse privadas de su autonomía*, ¿cabe que lo rompan mañana bajo un gobierno que se la restituya y garantice?

No; no cabe en manera alguna. Y el mismo Sr. Pí y Margall da la razón en este otro párrafo de su libro (pág. 444):

«Todo pacto, como enseña el derecho, obliga á cuantas personas jurídicas lo celebran ó lo suscriben; es indudable *que no cabe ni rescindirle ni modificarlo por la sola voluntad de una de las partes.*»

Queda plenamente demostrado, por el mismo Sr. Pí, que la unidad nacional ha sido reiteradas veces afirmada por el pueblo español, y, por lo tanto, no ha lugar, ni hoy ni mañana ni nunca, á esa ratificación que con tanta insistencia reclama.

IV

Cuestión cuarta.

Dado el caso de que algunas de nuestras provincias ó regiones, se obstinaran en separarse de la madre patria, ¿qué procedimientos deberían emplearse para reducirlas á la obediencia?

Cedamos la palabra al Sr. Pí y Margall:

«Si mañana se separaran (decía un día á los castellonenses), la nación tendría indudablemente derecho á privarlas de sus correos, sus telégrafos, sus vías de comunicación, su ejército, su

armada, sus consulados y sus embajadas. Podría cerrarles también todos los mercados de la Península, y además, los de las Colonias de América y Oceanía.»

Una cosa parecida hizo Francia en el pasado siglo con una de las antiguas ciudades de Alsacia, Mulhouse. Esta población, aliada de los Cantones suizos, se declaró independiente en 1468; mas como no pudiera vivir sino exportando á Francia los tejidos de algodón, que constituían la principal industria del país, y esta nación les cerrara por completo todos sus mercados, hubo de ceder y pedir, en 1798, formar parte del territorio francés.

Como se ve, el procedimiento que el señor Pi propone no es enteramente nuevo.

Pero ¿acaso es compatible con la doctrina que sostiene?

Ese aislamiento riguroso, que Francia empleó con éxito y que el Sr. Pi emplearía también para someter á las provincias ó las regiones que mañana se separasen de España, tiene todo el carácter de un bloqueo. Y el bloqueo ¿no es un medio de hacer la guerra? Y la guerra ¿no es la fuerza? ¿Cómo pues recurre el Sr. Pi á procedimientos que su teoría del pacto rechaza en absoluto?

Además; el mismo Sr. Pi ¿no reconoce en las provincias el derecho de no pactar? ¿Cómo entonces se opone al ejercicio de un derecho que considera como legítimo?

¿Es esto justo? ¿es razonable? ¿es ni siquiera serio?

Y si las provincias rebeldes volvían al cabo al seno de la patria común, obligadas por la fuerza, ¿á qué quedaría entonces reducido el tan cacareado principio del libre consentimiento?

¡Singular manera de purgar la nacionalidad española del vicio de origen que le atribuye el único mantenedor de aquel absurdo principio!

El Sr. Pí no ha debido meditar con el reposo necesario ese delicadísimo asunto, revelando en esa ley de represalias que propone, la debilidad de su carácter, ó la estrechez de su espíritu, ó algún secreto designio.

El Sr. Pí se equivoca. Una nación digna y seria, que respeta escrupulosamente la autonomía de los diversos organismos que la componen, no suspende la vida comercial de un pueblo, cerrándole las fronteras nacionales para obligarle á volver al seno de la patria de que ilegítimamente se separara. Un gobierno nacional que tiene conciencia de su deber y por norma la justicia, prescinde en esos casos de todo medio coercitivo que pueda empequeñecerle ó debilitarlo, y apela sólo á la fuerza de la razón: y si ésta no basta, á la razón de la fuerza.

Pero sigamos adelante y se verá que Pí y Margall no desdeña tampoco el empleo de esta fuerza.

En su renombrado artículo *El consentimiento*, refiriéndose á la guerra de secesión de los Estados Unidos, escribe este párrafo:

«No consideraba Lincoln legítima la separación de los Estados del Sur que contra él se rebelaron, y estaba en lo firme. Allí esos Estados formaban por su consentimiento parte de la República, y es principio de derecho que los contratos no se rompen por la voluntad de una sola de las partes.»

Dice muy bien el Sr. Pi. Y ya era hora de que estuviéramos de acuerdo en algo.

Efectivamente; los Estados del Sur entraron por su voluntad en la Confederación norteamericana; firmaron un pacto para establecer la justicia en todos sus dominios, y óbvio es que no tenían derecho á barrenar el fundamento de la liga.

Pero aquellos Estados *querían ser libres para mantener esclavos*, para confiscar á su antojo la labor del infeliz negro, para sobreponer sus odios particulares al interés de la patria y romper cuando les acomodara la unidad nacional, envolviendo en fuego y sangre el brillante porvenir de un pueblo que debía pertenecer por entero á la libertad; y, aunque tarde, la Confederación entendió que no era lícito consentir por más tiempo tamaño ataque al derecho humano, y hubo de oponerse resueltamente á tan bárbara explotación, hasta el punto de repeler la fuerza con la fuerza.

Y téngase presente que la Confederación sostuvo la lucha durante cinco años, hasta alcanzar la victoria, no sólo por humanidad, no únicamente en cumplimiento de un deber sacratísimo, sino también porque así lo había

resuelto el Congreso, la mayoría de los aliados, el sufragio popular.

La separación de aquellos Estados háase atribuido, en primer término, á las tarifas. ¿Es esto cierto?

Hace ya más de medio siglo que un ilustre economista francés, Bastiat, decía en una de sus mejores obras: «América es un hermoso país; pero vislumbro en él dos puntos negros, la esclavitud y las tarifas.»

En efecto: el sistema protector, á que se inclinaron siempre los americanos, y la trata de los negros, que jamás debió consentirse en el territorio de la Unión, fueron las levaduras que agriaron al Sur contra el Norte y al Norte contra el Sur.

Importante fué—ro se puede negar—el papel que las tarifas desempeñaron en aquella separación; pero es indudable que ellas solas no habrían bastado á producir una guerra tan tenaz y sangrienta.

No. La causa real que provocó tan terrible conflicto no fué otra que el antagonismo que entre ambas regiones existía, con motivo de la esclavitud de los negros. Sin la existencia de esta infame institución y las pasiones ruines que engendra, la guerra civil no habría llegado nunca á conocerse en aquella rica porción de la América septentrional. Porque, hay que decirlo, la guerra separatista de 1861-65 fué la expiación de una falta cometida en 1787.

Conviene explicar esta falta, para que nos sirva de saludable enseñanza.

En Mayo de 1787 reunióse en Filadelfia la Convención que debía dotar á la América del Norte de una Ley fundamental, que afirmara sobre sólidas bases la unión de los Estados.

Aquella Convención apareció desde un principio tan profundamente fraccionada por los miserables intereses de partido y de localidad, que hubo momentos en que nadie se entendía, y en que se creyó imposible toda conciliación entre los que querían conservar la independencia de las antiguas colonias y los que abogaban por un gobierno consolidado. Para poder dar cima á tan magna obra, hubo necesidad de que unos y otros transigieran y que los partidos se aproximaran, mediante mutuos sacrificios.

Así sucedió que para obtener el voto de los Estados del Sur, que eran esclavistas y se mostraban refractarios á todo poder central que embarazara su independencia, se consiguió en la Constitución una cláusula (la 3.^a de la sección 2.^a, cap. 1) que es indudablemente la más deplorable que contiene aquel Código.

Los convencionales norteamericanos creyeron de buena fe realizar un acto patriótico transigiendo con la esclavitud, á cambio del derecho de regularizar el comercio, que el Congreso reivindicaba y que el Sur le cedió; y no repararon que este compromiso llevaba en su seno la chispa fatal que debía encender un día la discordia civil más formidable que conocen los fastos del mundo.

Se me dirá que aquellos legisladores supie-

ron hacer uso del derecho que el pacto federal les daba, consignando también otra cláusula (la 1.^a de la sección 9.^a, artículo 1.^o), por la que se consentía la trata sólo hasta el año de 1808. Es muy cierto. Pero lo es igualmente que el plazo se cumplió, y el Sur continuó dedicándose á su abominable tráfico, alentado sin duda por el singular empeño que algunos presidentes de la Unión habían mostrado en aflojar los lazos federales.

En 1861, Abraham Lincoln, elevado por el voto público á la primera magistratura de la nación, quiso reparar la injusticia que sus predecesores habían cometido, arrancando de la extrema barbarie de la esclavitud civil al pueblo que Jorge Washington había redimido de la esclavitud política; y los Estados esclavistas, pretextando que la Constitución había sido violada en perjuicio suyo, declaráronse independientes, y, apelando al trance de las armas, provocaron aquella guerra fratricida; guerra en que, por manumitir á un puñado de negros, dieron su vida *más de quinientos mil blancos* y se gastaron *sobre cinco mil millones de pesos*.

A la nacionalidad norteamericana cúpole, con todo, la gloria de haber sido la primera que abolió la esclavitud, merced á la iniciativa de Lincoln. El nombre de este insigne ciudadano no tardó en desaparecer del catálogo de los vivientes bajo el puñal asesino de un cómico fanático; pero la gran figura de aquel apostol de la humanidad aparece hoy, coronada con la diadema del mártir y la au-

reola de la inmortalidad, en las brillantes páginas de la historia de su pueblo.

He querido recordar estos hechos, para que los prohombres del republicanismo español vean cuán funesto es *establecer compromisos políticos entre el derecho y la injusticia*, aun llevados de los mejores propósitos.

Es, pues, por todo extremo evidente que un pacto federal no se puede romper á voluntad de los Estados particulares que lo subscribieron; porque si á esos Estados les fuera lícito sobreponerse en un momento dado al vínculo que los une, la federación llevaría en sus entrañas los gérmenes de la anarquía y la disolución; y la existencia de las sociedades políticas no puede en manera alguna quedar á merced de las pasiones humanas.

Esto quiere decir que si mañana algunas de nuestras provincias ó regiones, faltando á las cláusulas solemne y taxativamente expuestas en la Constitución, intentaran romper violentamente la unidad harmónica nacional, el presidente de la República española estaría en lo firme también, como lo estuvo Lincoln, sometiendo la rebeldía, no por medio de bloqueos, que resultarían estériles, cuando no contraproducentes, tratándose de ciertas y determinadas regiones, sino apelando desde luego al supremo recurso de la fuerza, la cual es perfectamente legítima cuando se pone al servicio de la causa de la humanidad, del derecho ó de la justicia.

SECCIÓN QUINTA

CONCEPTO EQUIVOCADO DE LA FEDERACIÓN

I

Preliminares.

La obra política más celebrada de cuantas hasta hoy ha producido la sutil inteligencia del Sr. Pí y Margall, es *Las Nacionalidades*. Y sin embargo, como libro consagrado preferentemente á la propaganda del sistema democrático federal, fuerza es reconocer que no ha correspondido cumplidamente al objeto indicado.

En efecto: cuando se estudia friamente ese libro, quédase uno sin saber con certeza qué es lo que en él se propuso el autor defender con más ahinco dentro de la federación; si la causa de los oprimidos, ó la de los opresores; si la república, ó la monarquía; si la democracia, ó el privilegio; si la libertad, ó el despotismo. Tan revueltos y confundidos aparecen en sus páginas esos antitéticos principios y opuestos sistemas.

¿Tendrán razón los que dicen que el Sr. Pí

y Margall es, antes que demócrata republicano, federal pactista? Así por lo menos se desprende de todos sus discursos y escritos, particularmente de *Las Nacionalidades*, como vamos á verlo.

«En política — dice en la página 95 de este libro — no se presentará, á buen seguro, un sistema (el federativo) de más general aplicación ni más flexible. Lo mismo sirve para reunir ciudades que naciones. Lo mismo se adapta á las monarquías que á las repúblicas.»

«Por la federación — añade en la página 109 — lo mismo pueden subsistir en paz imperios tan grandes como Rusia, que repúblicas tan pequeñas como Suiza.»

Por lo pronto, sabemos ya que, para el autor de *Las Nacionalidades*, el sistema federativo es igualmente aplicable, con éxito seguro, á todas las formas de gobierno, desde la más retrógrada hasta la más avanzada. De donde puede inferirse que, para el Sr. Pi, la democracia y la república no son esenciales ni, por consiguiente, necesarias á la federación y el pacto.

No niego el hecho, puesto que, sin remontarme á épocas lejanas, veo hoy establecidas, en la América del Sur, repúblicas federales; y en la Europa central, monarquías confederadas. Pero séame lícito preguntar: los principios sobre los cuales descansan esas repúblicas y esas monarquías, ¿son los mismos que sirven de base fundamental á la Confederación norteamericana, á la de Suiza y, por consiguiente, á la que propaga el partido fe-

deral histórico? Seguro estoy de que entre los federales no habrá uno siquiera, que tenga sentido común, que se atreva á afirmarlo; y sin embargo, el Sr. Pí y Margall, jefe de ese partido y propagador de sus doctrinas, lo afirma en este párrafo, cien veces reproducido en sus discursos y escritos:

«Ahora tenemos constituídos sobre *nuestros principios*, en América, los Estados Unidos de Washington, los de México, los de Colombia y los de la República Argentina; en Europa, la nación alemana, la de Suiza y la de Austria.»

La afirmación, como se ve, no puede ser más rotunda.

Ahora bien: fuera de los Estados Unidos de Washington y de Suiza, las demás nacionalidades que en el párrafo transcrito se mencionan, ni están todas constituídas en República, ni tienen por base la democracia, en su más genuina forma. Por tanto, los principios á que el Sr. Pí y Margall se refiere, no pueden ser la democracia y la república, que son *peculiares sólo á algunas de las naciones citadas*; sino la federación y el pacto, *que son comunes á todas*. Luego es evidente que el Sr. Pí antepone la federación y el pacto á la democracia y la república; y que con tal de que las naciones se reconstituyan *federativa y sinalagmáticamente*, poco ó nada le importa que el derecho humano sea desconocido y la libertad de los pueblos sea sacrificada.

El error, como se ve, tampoco puede ser de más bulto. Y dadas la competencia y la significación política de la personalidad que

lo padece, bien merece la pena de que yo le consagre algunas páginas, siquiera no sea más que para poner de relieve la gravedad y transcendencia de tan atrevida afirmación.

II

Compatibilidad de la federación con el despotismo.

Cuanto más leo el libro del Sr. Pí y Margall, menos diáfana encuentro su conducta y más equivocada me parece su política.

Porque la verdad es que no se comprende ese obstinado empeño que muestra, los mismo cuando habla que cuando escribe, en asimilar ó confundir las confederaciones democráticas de los Estados Unidos, de Suiza y *del partido que acaudilla*, no sólo con las federaciones republicanas del Sur de América, sino también, y esto es lo más asombroso, con las confederaciones monárquicas del centro de Europa. Y mucho es que no se le ha ocurrido citar también esa confederación de pequeñas repúblicas, llamada de los *Sereres*, que se encuentra establecida en la parte occidental de la Senegambia.

Esto que el Sr. Pí se consiente hacer en sus oraciones y obras políticas, particularmente (nótese bien) *desde que quedó solo al frente del partido*, no lo hizo jamás ninguno de nuestros propagandistas. Léanse, si no, sus discursos y escritos y se verá que no hay uno,

entre tantos, en que se trate un solo punto que no sea exclusivo de nuestro dogma, ni se exponga una sola idea que no se exprese con el lenguaje de la más pura democracia; ni donde sólo la federación y el pacto se consideren como principios constitutivos de nuestra sociedad política, ni siquiera se pongan en parangón Constituciones tan opuestas como las de los Estados Unidos y Suiza, y las de Alemania y Austria.

Pero ¿acaso les habría sido lícito tampoco hacerlo? Aquellos insignes patricios, verdaderos creadores de aquella entusiasta y nutrida agrupación que puso un día sobre las armas de 40 á 50 mil combatientes; aquellos propagadores infatigables de la federación, eran, ante todo, sinceros demócratas, y consecuentes con este dictado, jamás se permitieron mixtificar los principios fundamentales de su dogma, franqueando osadamente el profundo abismo que media entre esos humanitarios principios y los que sirven de inseguro asiento á las repúblicas americanas y los imperios europeos que el autor de *Las Nacionalidades* cita.

Esa mixtificación incalificable estaba, por lo visto, reservada al Sr. Pí y Margall, bajo cuya exclusiva jefatura, y merced á su nebulosa, vacilante y disolvente política, hemos visto con punible indiferencia dividirse en multitud de grupos aquella potente agrupación de federales, que tan nutrida y compacta supieron mantener, durante un lustro, sus verdaderos fundadores y maestros, á cuya cabeza apare-

ce, agigantada por la aureola del sacrificio y de las virtudes cívicas, la noble figura del venerable anciano, del apóstol fervoroso, del inolvidable Orense, gloria legítima de la democracia española.

Pero sondemos la profundidad de ese abismo.

En el mundo no hay, no ha habido ni habrá nunca, una sociedad política, sea cual fuere la forma de gobierno que libremente se dé, ó que arbitrariamente se le imponga, que no descanse en uno de estos dos eternos principios: el de *libertad*, que tiene su origen en el derecho humano, y el de *autoridad*, que tiene su raíz en el derecho divino.

El primero de estos principios es propio sólo de la escuela democrática; y, por consiguiente, el que sirve de sólido fundamento á las Confederaciones suiza y norteamericana, y á la que aspiran á establecer aquí los federales españoles.

El segundo, es peculiar de la escuela absolutista; y, por lo tanto, el que sirve de inseguro apoyo á todo sistema de gobierno, llámese como se quiera, que no se funde en el sufragio público, en el albedrío del hombre, en la autonomía del individuo.

Consignada esta declaración preliminar, veamos ahora si las repúblicas federales sudamericanas y las confederaciones monárquicas europeas están realmente constituidas sobre los principios del partido federal histórico como el Sr. Pí y Margall asegura.

III

**Las repúblicas de Colombia
y del Plata.**

En mi ya citado libro *Unitarismo y Federalismo* me ocupé, con la extensión necesaria, de esos Estados, marcando la gran distancia que media entre la organización político-administrativa de cada uno de ellos y la de una federación verdaderamente democrática, como lo es la de Suiza, la de los Estados Unidos y la que desde 1868 sirve de bandera á los federales españoles.

Constituidas todas aquellas repúblicas, no sobre el racional y firme asiento del principio de libertad, sino sobre la absurda y movediza base del derecho divino, no es de extrañar que ninguna de ellas reintegre al pueblo en la plenitud de su soberanía, ni que consagre y garantice á las diversas entidades que las forman el libre ejercicio de sus peculiares derechos, ni que los poderes del Estado emanen directamente del sufragio público.

Los pueblos de origen colombiano viven ¡qué digo viven! vegetan, ó bajo el férreo yugo de un militarismo despótico que los estruja, ó bajo el dominio absoluto de un clero fanático que los embrutece; mientras que el argentino se ve miserablemente explotado por una aristocracia improvisada, que, vinculando en sí los poderes y las funciones públicas, ha acaparado todas las riquezas, enseñoreán-

dose descaradamente de aquel extenso y fecundo territorio.

Así sucede que en aquellas federaciones, ni hay estabilidad en el Gobierno, ni concierto en la Administración, ni equilibrio en la Hacienda, ni orden social, ni sombra de justicia; que todas ellas viven bajo la amenaza de las dictaduras más brutales, viéndoselas á menudo pasar del sistema unitario al federativo, y del federativo al unitario, mediante frecuentes revoluciones y guerras civiles, que han hecho de aquellas riquísimas comarcas el asiento perpetuo de la anarquía y la miseria.

De todas las Constituciones hoy vigentes en aquellos Estados, la más democrática, á mi entender, es la de Venezuela. Y sin embargo, que los derechos del hombre consignados en su código político son letra muerta, bien claramente lo demuestran la dictadura de Anduerzo Palacio y su violenta deposición de la presidencia de la República por haber atentado contra las libertades públicas; y la revolución que en estos momentos agita y ensangrienta aquel país.

Y si esto sucede en la república democrática de Venezuela, ¿qué no sucederá en la república *católica* del Ecuador, cuyo liberalismo tanto hoy ensalza Pí y Margall?

Para que mis lectores puedan formarse una idea aproximada de la esclavitud en que vive aquel pueblo y de lo arraigados que en él están los hábitos de servidumbre, bastará decir que el indio ecuatoriano jamás se consiente pasar junto á un forastero sin descubrirse

respetuosamente y saludarle en su idioma particular: aquellos indígenas llevan impresa en su semblante la huella de la más profunda melancolía; casi todos sus *cantos* son endechas, cuyo ritmo respira amarga tristeza; y á buen seguro que no hace falta conocer el *quechúa*, para comprender desde luego que el asunto que sirve como de tema obligado á todas sus melodías, no es otro que el sentimiento de la libertad perdida.

En aquella República, ni se han experimentado aún mejoras sensibles, ni siquiera aumentado la cifra de su población: la agricultura, la industria y el comercio se encuentran en un estado de decadencia verdaderamente deplorable, y la enseñanza pública, en el más completo abandono: la civilización no ha realizado ninguna conquista sobre la vida salvaje, y el país parece caminar derechamente á su total aniquilamiento, devorado por la ambición de sus gobernantes, la tiranía militar, el fanatismo religioso, las rivalidades de los pueblos y las incesantes luchas intestinas.

He ahí á lo que se reducen la paz que disfrutan y la prosperidad que alcanzan las federaciones del Sur de América, constituidas todas, no sobre los principios del antiguo partido federal español, como el Sr. Pi afirma equivocadamente, sino sobre la barbarie, la inmoralidad, la anarquía y el despotismo.

IV

Las Confederaciones de Alemania y Austria.

La cuestión de saber si el sistema federativo es de fácil y permanente aplicación á las grandes aglomeraciones de hombres, ha sido siempre muy controvertida.

Si este sistema—se dice—es verdad que dió excelentes resultados en la América del Norte, donde se constituyó una gran Confederación de Estados, cuya unión hace ya más de un siglo que se mantiene inalterable; en cambio fué ilusorio, así en la antigua Alemania, donde el emperador se hallaba en perpetua lucha con sus electores, como en la Confederación germánica, donde frecuentemente se evidenciaba el antagonismo de las dos potencias preponderantes, Austria y Prusia.

El objeto de esta Confederación, según el tratado de Viena de 1815, era el mantenimiento de la seguridad exterior é interior de Alemania; esto es, la alianza de todos los Estados alemanes, para afianzar la independencia de la patria común y los derechos de cada uno de sus miembros.

Componían la Confederación germánica todos los países del antiguo imperio. Los asuntos federales estaban confiados á una *Dieta* permanente, que tenía su asiento en Francfort, y en la cual los soberanos y las ciudades libres se hacían representar por plenipo-

tenciarios, que emitían sus votos con estricta sujeción á las instrucciones que de sus gobiernos respectivos recibían. Los derechos que el emperador ejercía sin la cooperación de los Estados, eran; el patronato supremo de la Iglesia, el derecho de conferir títulos y dignidades y el poder judicial supremo.

Vemos, pues, que allí el pacto federal estaba limitado á garantizar sólo la autonomía de la Confederación, en sus relaciones con las demás potencias, y la peculiar de cada Estado, en sus relaciones entre sí y con la Confederación; pero no la autonomía de los diversos grupos humanos que componen cada Estado particular, cuyas respectivas poblaciones dividíanse, además, en tres clase: la nobleza (subdividida en alta y baja), la burguesía y los agricultores. La alta nobleza conservaba todos los privilegios de que gozaba bajo el antiguo imperio alemán: estaba exenta del servicio militar, ejercía en sus territorios la justicia civil y criminal, la vigilancia del clero y la inspección de la enseñanza pública. Los derechos de la baja ó pequeña nobleza, de los burgeses y los labradores, no estaban determinados.

La Confederación germánica se mostró impotente, no sólo para realizar las tendencias unitarias de la nación, sino también para favorecer el desarrollo de los intereses materiales; pero en cambio fué poderosa para impedir, por medio de leyes represivas, el natural desenvolvimiento de las costumbres públicas. La *Dieta* de Francfort era en las manos de

Austria y Prusia, un instrumento que se empleaba para comprimir la libertad pública en los Estados secundarios, y evitar que la Confederación interviniéra en los asuntos exteriores. La preponderancia que Austria quiso tomar á expensas de Prusia, aumentó las rivalidades entre estas dos potencias, hasta el punto de producir una guerra, que fué desastrosa para Austria y que trajo la disolución de la Dieta y la ruptura de los lazos federales.

Ya ve el Sr. Pí y Margall cómo, á pesar de la federación, no pudieron subsistir en paz imperios tan grandes como los de Alemania y Austria.

Descartada esta última nacionalidad, la Confederación qu' dó reducida á la Alemania del Norte, la cual, al reorganizarse en 1866 bajo la direceión de Prusia, dividiáse en veintidos Estados; número que subió á veintiséis, después de la formidable guerra franco-prusiana, en cuya época el Parlamento federal restableció, en favor del rey Guillermo, la dignidad imperial, que estaba abolida desde 1806.

El nuevo imperio alemán se compone hoy de la antigua Confederación del Norte, de los cuatro Estados de la Alemania meridional (Baviera, Wurtemberg, Baden y Hesse) y del país imperial inmediato, llamado *Richsland*, el cual no es otro que la Alsacia-Lorena.— La Constitución política del imperio es la misma Constitución federal de 1866. El poder ejecutivo lo ejerce el rey de Prusia, como emperador de Alemania, y, en su nombre, el

canciller del imperio; el legislativo, el Consejo federal juntamente con el Parlamento.

La transformación de la presidencia de la Confederación del Norte en imperio de Alemania, no ha sido sólo un simple cambio de nombre, sino que ha venido á modificar las relaciones de los Estados secundarios con Prusia, en menoscabo de la independencia de aquéllos, y con absoluto olvido del principio de igualdad. Los cuerpos de tropas de todos los Estados alemanes, excepto los de Sajonia, Baviera y Wurtemberg, fueron disueltos como contingentes particulares é incorporados á los diferentes cuerpos del ejército federal; los oficiales son nombrados, no por sus respectivos soberanos, como se hacía antes, sino por el emperador; los ministerios de la Guerra y Relaciones Exteriores han sido suprimidos en todos los Estados, excepto en los tres reinos arriba mencionados; la administración superior de Correos y Telégrafos ha pasado igualmente de los gobiernos particulares al poder central, y algunos pequeños Estados (el principado de Waldeck, entre ellos) han puesto hasta su administración civil en las manos de Prusia.

Aun cuando la Constitución federal no menoscaba los derechos soberanos de cada uno de los miembros de la Confederación, el poder imperial se extiende, en interés de la uniformidad de ciertas instituciones, á una serie de asuntos públicos, que suelen ser derechos propios de la soberanía de todo Estado; tales como la representación diplomática en el ex-

tranjero, la guerra, ó sea el ejército y la armada; la hacienda, las vías férreas, los correos y los telégrafos.

Está en la naturaleza de las cosas, que la colosal preponderancia de Prusia—que en punto á superficie y población es cinco veces mayor que el segundo Estado federal, Baviera—reduzca la independencia de los demás Estados federales á su más mínima expresión y que, dejándoles sólo la apariencia exterior de esa independencia, los limite en realidad á la dirección y el arreglo de sus asuntos interiores. Pero el impulso centralizador, que predomina en el desarrollo de la política y que asegurará á Prusia una superioridad siempre creciente, no es propio únicamente de Alemania. Ese impulso centralizador, esa fuerza absorbente y avasalladora del Estado más poderoso sobre los más débiles, se presenta con necesidad histórica en todas las Confederaciones de la misma índole. También en la de Austria.

Este imperio forma dos grandes divisiones, ó Estados autónomos é independientes en lo que toca á su administración interior. El primero de estos Estados comprende el Austria propia y demás países y territorios establecidos aquende el Leitha; el segundo, la antigua Hungría y demás países situados allende el mencionado río.

El emperador gobierna los países *cisleithanos*, por medio de un ministerio austriaco y con el concurso de un Consejo del Imperio (*Reichsrath*), que reside en Viena; la

provincias *transleithanas*, por un ministerio húngaro, con una Dieta que tiene su asiento en Pesth. Para los asuntos comunes á ambos Estados, hay un ministerio, compuesto de tres miembros, encargados respectivamente de los departamentos de: *Relaciones Exteriores, Guerra y Hacienda*; con dos delegaciones, una del Consejo del Imperio y otra de la Dieta húngara, las cuales deliberan separadamente y cuyas determinaciones están sometidas á la sanción de la Corona.

Como acabamos de ver, el Imperio de Austria tiene tres ministerios y tres parlamentos, divididos cada uno de éstos en dos Cámaras: la de los señores y la de los diputados.

Tal es, en conjunto, el sistema de gobierno, llamado el *Dualismo*, que rige hoy en esa que el Sr. Pí y Margall denomina Confederación de Austria.

Aparte las tres grandes asambleas mencionadas, cada país del Imperio tiene su Dieta provincial, la cual elige de su seno, en los países cisleithanos, los diputados del Reichsrath. Para la Dieta húngara las elecciones se verifican directamente en cada condado.

V

Observaciones.

Las Confederaciones de Alemania y Austria descansan en el derecho divino; derecho que lleva en sí envuelto necesariamente «el

principio hereditario, la vinculación del poder en una familia, el absurdo de dejar sometida la suerte de las naciones á los azares del nacimiento», contra el cual ha protestado el señor Pi hasta la saciedad.

En esas Confederaciones no hay, por consiguiente, verdadero régimen democrático. Ni ¿cómo ha de haberlo si allí el jefe supremo del Estado es inamovible é irresponsable, las naciones confederadas son casi todas monárquicas, tienen por base el principio de autoridad y en ninguna de sus constituciones particulares se reconoce la autonomía del municipio y la provincia, «que es el corolario de la del individuo y consecuencia obligada del principio de libertad que informa todo el movimiento de nuestro siglo?»

Porque, adviértase esto, el pacto federal de Alemania, como el pacto federal de Austria, no reconoce más soberanía que la de las naciones confederadas, encarnada en la persona «agrada é inviolable de sus príncipes: son pactos hechos exclusivamente en provecho de aquéllos, no en beneficio de los pueblos. De donde se sigue que aquellas Confederaciones son verdaderas ligas de tiranos, concertadas por éstos, para mejor ejercer el despotismo sobre sus súbditos.

Y siendo esto así, ¿cómo el Sr. Pi y Margall ha osado confundir las Confederaciones puramente aristocráticas de Alemania y de Austria, con las Confederaciones genuinamente democráticas de los Estados Unidos y de Suiza, afirmando en redondo que aque-

llas dos nacionalidades están constituidas *sobre los principios de su partido?*

¡Cómo! ¿Es lo mismo para el Sr. Pí el pacto federal de los príncipes austriacos y alemanes, hecho contra los principios democráticos, contra los derechos de los pueblos austro-húngaro y alemán, que el pacto federal de los Estados Unidos y de Suiza, hecho para establecer esos principios y garantizar los derechos de los pueblos norteamericano y suizo? ¿Es lo mismo para el Sr. Pí consagrar la libertad que destruirla? ¡Qué obcecación!

Pero ¿se quiere otra prueba aún más palmaria de la poca ó ninguna importancia que el Sr. Pí y Margall concede al principio de libertad, para reconstituir federativamente una nación unitaria? Pues léase con atención este párrafo que contiene la página 81 de su tantas veces citado libro *Las Nacionalidades*.

«Me parecerían hoy santas—dice—las insurrecciones de Polonia; no ya justificadas las de Hungría, *que sólo por vínculos federales permanece unida al Austria. El pacto purgó aquí el vicio de origen*, que pudo haber en la reunión de las dos naciones.»

Esto es verdaderamente inaudito; y ni el propio emperador Francisco José habría osado decir tanto.

La corona de Hungría es hereditaria en la casa de Austria.

El poder ejecutivo está encomendado, como queda dicho, á un ministerio húngaro, que nombra el emperador, el cual conserva casi todas las prerrogativas de los monarcas abso-

lutos: su persona es sagrada, inviolable é irresponsable; dispone de todos los empleos en los diversos ramos de la administración; confiere los títulos y las dignidades del Estado; convoca, suspende y disuelve las cámaras; celebra tratados internacionales; tiene el derecho de paz y de guerra; ejerce el mando supremo de la fuerza armada; y en su augusto nombre se administra la justicia, se promulgan las leyes y se acuña la moneda.

El poder legislativo lo ejerce una asamblea de Estados, ó Dieta, dividida en dos cámaras: la alta, compuesta de los magnates, los arzobispos, los obispos, los príncipes, los condes, los barones y los gobernadores de los condados; y la baja, formada de los prelados, los abades y los representantes de los condados, de los cabildos y de las ciudades libres.

Basta fijar la vista en la organización de esos dos poderes para convencerse de que en la nacionalidad húngara, como en la austriaca y las alemanas, la democracia brilla también por su ausencia. Una y otras constituciones políticas tienen por base, no el derecho, sino la fuerza; no la libertad, sino el despotismo: una y otras sociedades mantienen en pie la odiosa división de las castas, con todos los privilegios irritantes que le son anexos.

«El sistema federal descansa en la igual y perfecta autonomía de los tres grupos políticos (la nación, la provincia y el municipio), dentro de la órbita de sus intereses respectivos»; y en los Estados confederados de Alemania y Austria la autonomía de estos dos

últimos grupos es enteramente nula; y la nacional, sólo relativa, puesto que está subordinada á la voluntad casi omnímota de los emperadores.

Y si, como el Sr. Pí sabe, «las naciones no son libres sino por el perfecto deslinde y el engranaje de las diversas entidades políticas que las componen», y este deslinde y este engranaje no se encuentran, ni en Hungría, ni en Austria, ni en Alemania, claro y evidente es que estas tres naciones son perfectamente esclavas.

Y ¿cómo no lo han de ser? La Confederación austro-húngara es tan aristocrática, tan realista como la alemana, en la cual figuran nada menos que veintidos monarquías; y el Sr. Pí sabe también que «esta institución es verdaderamente monstruosa, porque está en abierta pugna con las leyes naturales, civiles y políticas de todos los pueblos cultos».

El pacto federal de Austria, como el pacto federal de Alemania, está limitado á establecer relaciones puramente *accidentales* entre las naciones confederadas, y á robustecer y afirmar la omnipotencia de sus emperadores y la cuasi nominal soberanía de sus príncipes; pero, adviértase bien, con exclusión absoluta de los principios esenciales del derecho humano.

Y si un día los húngaros se levantaran en armas para reivindicar su autonomía y establecer esos principios bajo un gobierno republicano, ¿le parecería á D. Francisco injustificada la insurrección? ¡Ah! No lo dude el

Sr. Pi y Margall: la insurrección de los húngaros por reivindicar, dentro de una federación democrática, los derechos del hombre, sería mil veces más santa que la de los polacos por reconstituir su nacionalidad y reivindicar, bajo la institución monárquica, los privilegios de sus antiguos príncipes.

Pero es hora ya de arrancar por completo el doble antifaz con que se cubre ese digno émulo de Maquiavelo.

SECCION SEXTA

LA PERSONALIDAD DE PÍ Y MARGALL Y LA CLAVE DE SU POLÍTICA

I

En los artículos que preceden queda totalmente probado que Pi y Margall antepone la federación y el pacto á la República, y la República, á la democracia, aun cuando alguna vez, para desmentir á los que le acusan de abogar por la reconstitución de la Edad Media feudal, afirme candorosamente que es demócrata antes que republicano y federal.

Mas como la federación y el pacto son, á juicio suyo, igualmente aplicables á la monarquía que á la república; lo mismo á las repúblicas conservadoras que á las radicales; lo mismo á las monarquías absolutas que á las democráticas; de ahí el que D. Francisco aparezca ante la opinión liberal del país como un político tornasolado, provisto de dos caras como el dios Jano de la mitología romana; una que mira al Oriente, es decir, á la república; y otra que mira al Occidente, es decir, á la monarquía. De donde se infiere que Pi y

Margall tiene puesto un pie en cada uno de estos dos polos opuestos de la política: la democracia y el absolutismo.

Pero ¿cuál de estos dos puntos extremos—se preguntará—es el predilecto de D. Francisco Pi y Margall?

Si el libro *Las Nacionalidades*—respondiendo—lo hubiera escrito D. Ramón Nocedal ó el marqués de Cerralbo, es indudable que los secuaces del absolutismo podrían decir, con fundamento, que el autor era un demócrata disfrazado de absolutista; pero como es don Francisco Pi y Margall, claro está que los partidarios de la democracia puedan decir, con igual fundamento, que el autor del mencionado libro es un absolutista disfrazado de demócrata.

La consecuencia podrá ser ingrata para el Sr. Pi; desagradable para los que, sin conciencia ó por cálculo, le sigan en su camino de perdición; pero no se puede negar que es lógica é indefinible.

Y ¿cómo no lo ha de ser? ¿Saben mis lectores de algún escritor ú orador absolutista, que haya propagado simultáneamente con el dogma del absolutismo los principios de la democracia, haciendo concebir á los tradicionalistas la esperanza de establecer su monarquía dentro del régimen democrático? Yo no sé de ninguno. ¿Conocen á algún escritor ú orador demócrata, que haya propagado juntamente con el dogma de la democracia los principios absolutistas, haciendo ver á los federales la posibilidad de fundar su república dentro del

régimen absoluto? Yo no conozco más que á uno que haya tenido la inconcebible audacia de propagar ese absurdo sin nombre: D. Francisco Pí y Margall.

Mas no por eso vaya á suponerse que el jefe de los neofederales se ha entregado en cuerpo y alma al absolutismo. Pí no se entrega á nadie. Pí no se ha consagrado nunca ni se consagrará jamás, *sin su cuenta y razón*, á la defensa de ninguna causa, la absolutista inclusive. Para eso sería necesario que tuviese fe en alguna idea; y es visto que D. Francisco no cree en la bondad de ningún ideal político, ni en la eficacia de ningún sistema socialista. Para él todas las formas de gobierno, como todas las teorías del socialismo, son igualmente buenas y detestables, según que los partidarios de los unos y de las otras le rindan el debido acatamiento, sometiéndose incondicionalmente á su exclusiva dirección.

Esto quiere decir, hablando en plata, que en las manos de Pí y Margall la libertad y el absolutismo son dos instrumentos de que se sirve hábilmente para imponerse, según las circunstancias; por la primera, á los absolutistas de todos colores; por el segundo, á los liberales de todos matices.

La historia política de ese hombre singular, ofrece multitud de ejemplos que confirman esa verdad. Pero yo no citaré más que uno; este:

En 1873, Pí y Margall siguió una política ambigua; vacilante; mitad reaccionaria, mitad demagógica, débil unas veces, resistente

otras. En el poder dejaba que la reacción tomase extraordinario vuelo para imponerse á los cantonales, quienes acabaron por cifrar en él todas sus esperanzas: en la oposición atizaba cautelosamente el fuego del cantonalismo para imponerse á los radicales, quienes le habían declarado guerra sin cuartel. Pero sin perjuicio de halagar á los alfonsinos y á los carlistas, allanando el camino del trono á sus respectivos candidatos; en tanto que trabajaba á la sorda porque allá en el Norte, en una de las vertientes del Pirineo, se constituyera, independientemente del resto de España, *una nueva nación, reino ó república*.

A esa promiscuidad de los sistemas más antitéticos, de las teorías más opuestas y los procedimientos más contrarios, debe Pí y Margall la triste celebridad que goza, no sólo como «político anárquico y perturbador», sino también como «filósofo utopista y paradojo».

Y no es sin razón. Pí y Margall, sosteniendo con su habitual frescura, el pro y el contra en cualquiera materia con igual apariencia de verdad, ha acabado por erigir la duda en sistema, siguiendo en esto servilmente á los famosos sofistas de la antigua Atenas. De modo que, en realidad, D. Francisco no es, como se creía, un razonador juicioso, sino un sofista plagario de aquellos filósofos griegos, cuyo charlatanismo fué el blanco de la aguda é ingeniosa ironía de Sócrates.

Tienen, pues, razón sobrada los que afirman que Pí y Margall es la encarnación viva del ateísmo en sus múltiples manifestaciones.

Pí no cree en nada más que en su absoluta superioridad sobre todos los mortales. De ahí el que no haya consentido nunca ser segundo de nadie, ni que nadie tampoco comparta con él la dirección suprema del partido. Pí quiere ser solo, único, absoluto; y jamás transigirá con quien previamente no se someta á su jefatura unipersonal y no reconozca su infalibilidad como pontífice máximo del federalismo.

Así se le ve ejercer en su mermado grupo una verdadera dictadura: de tal suerte, que está por la primera vez que los federales hayan realizado por su propia iniciativa un solo acto público. Pí es siempre el que da la pauta de lo que se ha de hacer; el que marca el rumbo que se ha de seguir; el que ordena si se ha de ir á las urnas ó al retraimiento; el que acuerda las coaliciones con los demás republicanos, el que las pacta, el que determina su objeto, su alcance y su duración; y hasta el que aconseja la *fundición* de todos los republicanos bajo un programa común, con la misma tenacidad que la combatió en otras ocasiones, y la rechaza hoy afirmando «que es empeño vano querer sumar cantidades heterogéneas contra las reglas de la política y de la aritmética».

En una palabra: Pí y Margall es, no sólo el oráculo que se consulta, sino también el cerebro, el alma y la voluntad mediante los cuales piensan, sienten y obran sus correligionarios: pudiendo afirmarse que jamás jefe alguno de partido pudo con más razón decir,

imitando á Luis XIV: «El partido federal soy yo.»

Pero expliquemos esa tendencia de don Francisco al absolutismo.

II

Formado su carácter bajo la influencia funestísima de esa atmósfera de lisonja en que se vió envuelto desde los 14 años; edad en que, al decir de sus panegiristas, empezó ya á asombrar al mundo con su inteligencia tan precoz como flexible, que le permitía aprender con facilidad suma las lenguas latina, griega y hebrea; escribir con admirable lucidez sobre literatura, ciencias y artes, y hasta penetrar osadamente en el escabroso campo de la filosofía, profundizando en las cuestiones más áridas y difíciles de la alta metafísica; nada más natural que, al llegar después á la edad de los negocios, al iniciarse en la política, ingresando en el partido más popular, sin duda por considerarlo como el más propio, por su ignorancia, para dominarlo, y verse desde luego rodeado de consideración y respeto, el aura popular acabara de embriagarle, y en fuerza de oírse llamar por doquiera «sabio profundo», «filósofo eminente», «literato insigne», «jurisconsulto ilustre», «gran estadista», «político habilísimo», etcétera, etc., su personalidad política, jurídica, literaria, artística, científica y filosófica, ya de suyo sobradamente hinchada, fuera agrandándose hasta tocar en el *endiosamiento*.

Y, ¡caso raro! Pí y Margall, con ser tanta su sabiduría, no supo, sin embargo, estimar en su justo valor las alabanzas que en su juventud se le prodigaban; y, abandonado á la vanidad que dejó desarrollarse en su corazón, vino desde entonces siguiendo, cada día con mayor ceguedad, tan peligroso sendero, hundiéndose cada vez más, enteramente desvanecido por la adulación, «en ese ensimismamiento, en ese culto de sí mismo, en que al amor propio toma proporciones exageradas, degenerando en la más refinada *egolatria*».

De las consideraciones que preceden dedúcese, sin violencia, que el carácter de D. Francisco Pí no está exento de esa exagerada estimación de sí mismo que se designa con el nombre de «orgullo»; ni de ese apetito desordenado de la propia excelencia que se llama «soberbia»; ni de esa ostentación de todo lo que pueda atraer sobre sí la atención pública, y excitar la envidia de sus semejantes, que se denomina «vanidad». Lo que sucede es que el orgullo, la soberbia y la vanidad de Pí y Margall no son perceptibles á los ojos de todo el mundo, porque tienen la hipocresía de la virtud, de la modestia y de la humildad. El ídolo aparece oculto tras este triple velo, presentándose á sus adoradores con faz tan risueña y actitud tan bondadosa, que no es de extrañar que los míopes de inteligencia ó de espíritu menguado, afirmen que D. Francisco es modesto hasta rayar en lo inverosímil, sin reparar que hay modestias que son el refinamiento del amor propio.

Pí y Margall no pone nunca el incensario en las manos de sus aduladores; pero es evidente que experimenta en el fondo de su alma vivísima complacencia en la lisonja y el aplauso, saboreándolos en secreto con verdadero deleite, aun cuando aparenta en público desdenarlos.

Y esto lo saben muy bien cuantos le tratan con intimidad; aun aquellos en quienes mayores extragos ha hecho el virus de la idolatría. Y es que, como ya dije, para conocer bien á los hombres, hay que ponerse al habla, codearse con ellos; y entonces se ve cuán enanos son, vistos de cerca, los que tan gigantes nos parecían, contemplados de lejos.

Una cosa es muy de admirar en D. Francisco; la habilidad desplegada para tener alucinados á sus contemporáneos durante medio siglo, haciéndose pasar por el hombre más sabio, virtuoso y puro de nuestros tiempos.

Y ya me parece oír preguntar:—Pero ¿acaso no lo es?—Yo no acostumbro á hablar por hablar; y en la serie de cartas que proyecto dirigirle en tiempo y sazón, probaré, con nuevos textos y actos suyos, que no está libre de escoria ninguna de esas grandes virtudes y cualidades que le atribuyen; unos, por rutina; otros, por cálculo; y los más, por ignorancia ó adulación.

Y vuelvo ahora al segundo de los temas de esta sección.

la, puesto *que el pacto habría purgado aquí también el vicio de origen.*

Así, en fuerza de exagerar el principio federativo, sacándolo de sus naturales límites, es como Pí y Margall ha desacreditado ese sistema político.

Ya lo oyen los alfonsinos; ya lo saben los carlistas: Si llega la hora de instaurar en España el gobierno del pueblo por el pueblo mismo, Pí y Margall trabajará por establecer la federación mediante el procedimiento de su pacto sinalagmático, el cual nos conduciría fatalmente; primero, á la anarquía; después, al descrédito de la República, y, por último, al establecimiento de una Confederación absolutista, como la de Austria, ó de una República eminentemente católica, como la del Ecuador.

¡Ri-ueño porvenir! ¡Singular manera de regenerar la patria!

Así se explica que los partidarios del derecho divino se hayan hecho regionalistas y hasta pactistas; que aspiren á establecer una monarquía federal y que hayan depositado su confianza en Pí y Margall hasta el punto de haberle proclamado un día presidente honorario de los Comités fueristas de Navarra. Así se explica que D. Carlos declarase en su último manifiesto «que aspiraba á la unión y confederación de España con las repúblicas sudamericanas, y que *hasta después del advenimiento de la República no triunfaría su causa*». Así se explica que Cánovas del Castillo manifestara que «en muchos puntos es-

taba de acuerdo con Pi y Margall». Así se explica la aparición de los *vizkaitarras* y los catalanistas, precursores estos últimos del actual regionalismo que Polavieja, general mimado de los jesuitas, con tanto calor defiende. Así se explica que la Comisión que en 1885 vino á presentarle á Alfonso XII la Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña, dijese al monarca «que lo que deseaban era que en España se implantase un sistema regional adecuado á las condiciones actuales de ella y parecido á alguno de los que rigen en los imperios de Austria-Hungría y Alemania, sistema ya seguido en España en los días de nuestra grandeza». Así se explica que en el Congreso administrativo, ya citado en otro lugar de estos Apuntes, el representante de la junta directiva declarara «que el regionalismo, en la pureza de la frase, es el separatismo; que el primero que habló de la *patria chica* fué el primer separatista, y que el regionalismo no ha nacido en Cataluña, sino que lo ha traído el Sr. Pi y Margall con sus «*Nacionalidades*». Así, en fin, se explica que en la sesión del Congreso de 28 de Julio último, el Sr. Romero Robledo, al ocuparse del apoyo que el regionalismo encontraba en el gobierno y de la defensa que de aquél hacía Pi y Margall, afirmara que éste hacía la causa de la monarquía».

Si después de leer lo que antecede, todavía hay quien no vea, con toda claridad, la clave de la política de Pi y Margall, por fuerza ten-

drá que ser, ó ciego de nacimiento, ó tonto de capirote.

IV

Resumen y Conclusión.

Como corolario de todo lo anteriormente escrito, traslado á estas páginas un soneto, de rima forzada, en que mi *inseparable* compañero de redacción, *J. Mostacilla*, intentó bosquejar, en forma de acertijo, la semblanza política de D. Francisco Pí y Margall, y la acusación tremenda que en 1881 le dirigió á éste D. Fernando Garrido.

Dice así el soneto:

Nació... con gafas este catal—án;
es, por su edad, casi un Matusal—én;
por buen hombre le tienen más de ci—én
y más cuco no lo hubo desde Ad—án.

Ad majorem Dei gloriam, con af—án
jefe un día nombróse, mal ó bi—én,
de un partido á quien mira con desd—én
y acaudilla con humos de Sult—én.

Nuestras regiones de uno á otro conf—in
quiere agrupar en Confederaci—ón,
unidas por un vínculo com—ún;

cuando, siendo ministro, ese... Merl—in
dejó se desgarrara la naci—ón
del Tajo al Ebro y de Tarifa á Ir—ún.

Esta es la semblanza de D. Francisco, que *Mostacilla* escribió para su galería de «Hombres públicos», expuesta en mi suspendido semanario *La Federación*; juntamente con el perfil de otro prohombre del partido, que voy también á dar á conocer en forma de acertijo, para que mis lectores adivinen su nombre y conozcan á los dos grandes cucos del federalismo español.

Hé aquí el perfil:

En un barrio extremo
vive, independiente
y ya algo averiado,
este ilustre célibe.

Es el tal demócrata,
cuando le conviene,
siguiendo la táctica
de su digno jefe.

Es también poeta
de mucho relieve,
y un gran literato
y un sabio eminente...
y un cuco que vale
lo menos por siete,
cual voy á probarlo
con datos fehacientes.

*
* *

El año sesenta
y ocho, este vejete
conocido en Cádiz
era solamente.

Triunfa la «Gloriosa»,
á Madrid se viene

y—mediante el sueldo
al cargo inherente—
dirige el periódico
que era fiel intérprete
del federalismo
más intransigente.

De político hábil
presto fama adquiere;
sale diputado
répétidas veces;
viene la República,
y, á los pocos meses,
deja el tal su nido,
las alas extiende
y de un vuelo zámpase
de Fomento al frente.

Cae la República
bajo golpe aleve,
y de nuevo al nido
tranquilo se vuelve,
mientras que otros muchos
de los suyos, tienen,
unos, que espatriarse,
y otros, que esconderse.

Viene Don Alfonso,
y mi hombre ¡qué suerte!

entra en la Academia
de la «rue» Valverde,
donde otros filólogos,
como él competentes,
jamás ingresaron,
ni es fácil que ingresen,
ó por ser demócratas,
ó malos creyentes,
ó ante el jesuitismo
no doblar la frente.

¿Háse visto nunca
—se dirán las gentes—
un republicano
más mimado que ese?!
Todos los gobiernos,
todos le protegen...

Verdad que él les paga
generosamente
haciendo en su causa
todo lo que puede.
Y si hay quien lo dude,
lea lo siguiente:

*
* *

Hace cinco lustros
—¡un sueño parece!—
que á España oprimiendo
los borbones vienen;
y el tal, sin embargo,
con nadie se mete,
ni con los alfonso
ni con la regente
ni con sus ministros,
que bien lo merecen.

El bando político

á que pertenece,
por crisis tremendas
pasó varias veces,
y él, con todo, nunca
salió á defenderle,
ni en «meeting» alguno
dejó nunca verse,
ni para el partido
á quien tanto debe,
escribe una letra
como no le «fuercen».

Hoy la agricultura
ya vivir no puede,
la industria agoniza,
el comercio muere,
de hambre y de miseria
el pueblo perece,
y la patria se hunde
y el país se conmueve...
y mi hombre, tan fresco,
consagrado siempre
á obras literarias
que su fama aumenten,
allá en su casita
vive holgadamente
con los consabidos
treinta mil reales
que de cesantía
percibe anualmente;
amén de las dietas,
ó de los haberes
que como académico
cada mes devengue.

Si esto no es ser cuco
y un cuco solemne,
que el Dios de la Biblia
lo diga si quiere.

He aquí ahora la acusación de Fernando Garrido:

«Haciendo del pacto sinalagmático (léase hoy el consentimiento) dogma fundamental del partido, Pí y Margall no sirve á la causa del progreso, sino á la de la reacción, retardando el día del triunfo de la Democracia y preparándole, cuando éste llegue, catástrofes espantosas.»

No se puede negar que la profecía lleva camino de cumplirse en todas sus partes.

Que Pí y Margall no ha servido nunca á la causa del progreso, suficientemente probado queda en las páginas todas de este folleto.

Que Pí y Margall ha hecho cuanto ha podido por retardar el triunfo de la Democracia, en beneficio sólo de la causa de la reacción, bien claramente lo dicen los dieciocho años de su jefatura unipersonal, empleados en desorganizar á los federales, entorpecer todo intento de concordia entre ellos é impedir toda inteligencia con sus afines; en renovar periódicamente los organismos de su microscópico partido, para satisfacer menguadas ambiciones y sembrar odios entre los caciques y caciquillos de las localidades, proporcionándose á la vez la pueril satisfacción de verse á la cabeza de sus consejos y comités, como *Tarasca* en procesión; en reunir asambleas para provocar cismas y escándalos en desprestigio de la causa y desdoro de sus parciales; en arrastrar á éstos á las urnas para contener á los impacientes, llevando á sus paniaguados á las Cortes, á las Diputaciones provinciales y á

los Municipios, con el apoyo de los conservadores; en confeccionar programas y proyectos de Constitución irrealizables, y en que se consignan derechos políticos y reformas sociales que braman de verse juntos; en celebrar *meetings*, para exhibir su venerable figura de Padre Santo, y deleitarse oyendo las alabanzas hiperbólicas que le enderezan los trompeteros de su fama; y, finalmente, en sostener casinos para con sus oraciones anodinas adormecer á los memos; *en tanto que el jesuitismo, PRINCIPAL CAUSANTE DE TODAS LAS DESDICHAS DE LA PATRIA, iba cautelosamente extendiendo por doquiera sus impalpables redes y la reacción clerical ensanchando sus dominios hasta enseñorearse descaradamente de toda España.*

Y que Pi y Margall, en fin, prepara para el día del triunfo de la Democracia, catástrofes espantosas, bien elocuentemente lo revela su apelación á los sofismas y las ambigüedades, á las afirmaciones y negaciones, y á los avances y retrocesos á que sistemática é invariablemente apeló en 1873.

Así le hemos visto, desde que quedó planteada la crisis nacional, afanarse por exhibir su personalidad, su efigie ó su nombre, aguijoneado sin duda por el deseo de demostrar á los que le creen decrépito y desprestigiado, que todavía su voto puede pesar en la balanza de la política española é influir de una manera decisiva en los futuros destinos de la nación.

Así le hemos visto mariposear en torno de

cuantos organismos ó núcleos de fuerzas sociales han venido formándose enfrente del gobierno, ya adulando, ya deprimiendo á sus iniciadores, y, sobre todo, haciéndoles notar las deficiencias de sus respectivos programas, como para advertirles que fuera del suyo, del que él confeccionó en 1894, no hay regeneración posible para España.

Así le hemos visto aprobar, de un lado, la resistencia pasiva de los contribuyentes de Barcelona, y defender, de otro, la anárquica alocución de su gobernador, hasta el extremo de hacer hincapié en ella para concitar á los proletarios en contra de las clases productoras y mercantiles.

Así le hemos visto jalearse bajamente á los socialistas para sumarlos á su exigua agrupación, mediante el cebo de unas cuantas reformas sociales *no sentidas*; y desahuciarlos luego por medio de indirectas á lo Padre Cobos, como esta que hace poco les enderezó á los catalanistas:

«Mucho nos complacería — les decía en su semanario — que el catalanismo y el regionalismo se confundieran y conviniesen en un solo programa, *en un programa amplio como el nuestro*, AUNQUE PRESCINDIESEN DE NUESTRAS REFORMAS SOCIALES.»

Lo cual vale tanto como decir que, con tal de que se acepte su programa y se reconozca su jefatura, Pi y Margall está dispuesto á dejar en medio del arroyo, no sólo el pesado fardo de las reformas sociales ofrecidas, sino también la baliya en que hace más de diez

lustros guarda bajo siete llaves esa democracia, que á él, más aún que á sus congéneres los catalanistas, le huele á cuerno quemado.

Así le hemos visto también; unas veces, pastelear con todos los elementos de progreso que se congregan para sacar á flote, del nacional navfragio, las libertades conquistadas y la integridad del territorio; y otras, hacer causa común con el poder invisible que se obstina en sumir de nuevo á España en la barbarie del siglo XIII.

Y que el triunfo de ese poder invisible, pero formidable, que hace más de tres siglos que viene perturbando al mundo, lo considera Pí y Margall como seguro, bien lo revelan estas arrogantes palabras, escritas en *El Nuevo Régimen* de 21 de Octubre último:

«Toda resistencia es ya inútil. Entre los federales y los regionalistas de *todo linaje*, á la federación llevaremos á *nuestra* España, mal que al mundo pese.»

Amenaza quijotesca, que parece calcada en esta otra que lleva por contera el sabroso Manifiesto catalanista de 1897:

«Esto es lo que queremos: á esto vamos, á esto llegaremos, á no tardar mucho.»

Y en tanto que Pí y Margall se esfuerza por guardar el más perfecto equilibrio, puesto un pie en el progreso y otro en la reacción, para dejarse caer oportunamente del lado que más le convenga; consagránse sus heraldos á aconsejar á los republicanos de todos matices, á los socialistas de todas las escuelas (*la ca-*

tólica inclusive), á las masas neutras, á todo el país, en fin, á que se agrupen «bajo la égida» del varón más insigne, del repúblico más eximio, del político más previsor y del hombre más virtuoso de las generaciones pasadas, presente y aun futuras, de D. Francisco Pí y Margall, á quien presentan como la única esperanza de salvación que le queda á la patria.

Yo bien sé que el canto de esas sirenas engañadoras no ha de encontrar eco fuera del menguado círculo en que se mueven los piistas; porque si aquí sobreviene un cambio de régimen y por cualquier azar el poder pasa, como en 1873, á las manos de ese hombre funesto, á quien por algo D. Estanislao Figueras llamaba «Barrabás», ya pueden todos los liberales y los españoles todos exclamar, parodiando á un célebre tribuno del antiguo progresismo:

¡Dios salve la libertad! ¡Dios salve á España!

FIN

ÍNDICE

	Páginas.
<i>Introducción</i>	V—XIX
SECCIÓN PRIMERA	
<i>El regionalismo</i>	1—15
SECCIÓN SEGUNDA	
<i>Falsas teorías del pacto</i>	16—39
SECCIÓN TERCERA	
<i>El Consentimiento</i>	40—52
SECCIÓN CUARTA	
<i>El Derecho de no pactar</i>	53—81
SECCIÓN QUINTA	
<i>Concepto equivocado de la federación</i>	82—101
SECCIÓN SEXTA	
<i>La personalidad de Pi y Margall y la cla- ve de su política</i>	102—121

ID. 1200050855
Ayuntamiento de Madrid

F
2188

BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL



1200050855

Precio de este folleto: UNA peseta.

Se halla de venta en las principales librerías.

Los pedidos se harán á D. José Trinchant Rivera, Alfonso XII, 15, principal, centro.

OBRA DEL MISMO AUTOR

Unitarismo y Federalismo

(TERCERA EDICIÓN)

Precio: 2 pesetas.

De venta en la librería de D. Fernando Fé,
Carrera de San Jerónimo, 2, Madrid.